
El "ATOM-S-2"
GEORGE H. WHITE
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSE LUIS

George H. White

EL ATOM S-2

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

Byrne S. Huber - Comandante del submarino atómico Tritón.
Sam Odlum - Oficial del submarino atómico Tritón.
Philip Roswell - Oficial del submarino atómico Tritón.
Profesor Ernest Kraft - Notable físico nuclear.
Misstres Myron Kraft de Huber - Hija del anterior y esposa del capitán Huber.
Teodoro S. Huber - Oficial de la Aviación Naval.
Rudy - Esposa de éste y cuñada de Byrne.
Contralmirante Kindelan - Jefe de la Fuerza de operaciones.



CAPÍTULO I

Enfundados en sus negros impermeables de goma, los centinelas tiritaban de frío bajo la lluvia.

Un automóvil se acercaba al puesto de guardia haciendo sonar el claxon. Las gotas de lluvia rayaban el chorro luminoso de sus faros.

Refunfuñando y echando denuestos a la desapacibilidad de la noche, el sargento a cuyo cargo estaba la entrada del muelle abandonó el tibio abrigo de su barracón y se lanzó afuera cubriéndose con el casco de acero.

El automóvil se había detenido. Los dos centinelas, fusil ametralladora al brazo, observaban a distancia, mientras el sargento introducía la cabeza por el hueco de la ventanilla y cruzaba unas palabras con los ocupantes del vehículo.

-¡Abran la verja! -ordenó el sargento. Y los centinelas abrieron la verja.

El automóvil se puso en marcha y traspuso la alta valla de acero, en tanto el sargento volvía a su barracón, se despojaba del casco y escribía con sus manos húmedas sobre un libro:

«Registro de entradas y salidas al muelle «B» de la Base Naval de Groton.»

El sargento consultó su reloj de pulsera y escribió después:

«Día 30 de noviembre. Hora 01.05 a.m. Entradas: Capitán de fragata Byrne S. Huber. Señora Myron Huber. Motivos: El capitán Byrne S. Huber es el comandante del submarino *ATOM S-2*, amarrado a este muelle. Su esposa, la señora Huber, le acompaña para despedirle y despedirse de su padre, el profesor Ernest Kraft, que se encuentra a bordo del submarino *ATOM S-2*.»

El sargento quedó un momento con la pluma en suspenso. Luego añadió:

«Llevan un niño de unos 3 años de edad, que dicen es su hijo. El niño va dormido.»

Mientras el sargento soltaba la pluma y corría a restregarse las manos ante la estufa, el Ford rodaba por el resbaladizo muelle y se detenía ante las luces rojas que señalaban el paso de acceso a la plancha que unía el submarino *ATOM S-2* a tierra firme.

El *ATOM S-2*, segundo submarino atómico de la Armada de los Estados Unidos, bautizado con el seductor nombre de *Tritón*, emergía de las aguas negras y aceitosas como una gigantesca ballena de 300 metros de longitud. Brillantemente iluminado por los focos del muelle, el fantástico buque parecía centellear a través del agua de lluvia que se oscurecía sobre su capa de pintura azul oscuro.

Su comandante, el capitán de fragata Byrne Smith Huber, lo contempló un instante con orgullo, antes que un sargento enfundado en un maloliente chubasquero tirase de la portezuela y le saludara llevándose los dedos a la visera de su goteante casco de acero.

-¿Es usted, comandante? -preguntó ociosamente.

-Tenga la bondad de avisar al profesor Kraft para que salga un instante. Dígale que su hija y su nieto han venido a despedirle.

El sargento cruzó apresuradamente la plancha y un joven de empapada gabardina, con el sombrero hecho una sopa, le sustituyó en la portezuela del vehículo.

-Soy reportero del «Cronicle» -anunció mostrando una cámara fotográfica-. ¿Se molestarán si les tiro una placa?

Y el «flash» destelló.

-Gracias, capitán Huber. Y ahora, como comandante del segundo submarino atómico del mundo, me gustaría hacer algunas manifestaciones a la prensa antes de zarpar en el primer viaje del *Tritón*.

-Llévese a este moscón -indicó Byrne al oficial del servicio de Policía que acababa de surgir detrás del periodista.

La señora Huber retiró una mano del volante para buscar y apretar la de su marido. Sus bellos ojos azules brillaban amorosos al clavarse en los grises acerados del oficial.

-¡Qué cortas han sido tus dos semanas de permiso! -exclamó.

-Sí -murmuró Byrne.

-He de decirte algo, Byrne. Y es que, pase lo que pase, cualesquiera sean las circunstancias que algún día puedan separarnos... si nos separan, yo te amaré siempre. Tú y Ernest -y la mujer acarició con la mirada el rostro infantil que asomaba del envoltorio que el marino tenía en sus brazos-, tú y Ernest viviréis siempre... eternamente en mi corazón.

-¡Mujer! ¿Sabes que te encuentro muy enigmática desde hace algún tiempo? ¿Qué quiere decir «si las circunstancias nos separan»? -interrogó Byrne frunciendo el ceño.

Ella se agitó inquieta.

-Nada, Byrne. Sólo eso. Que mi amor hacia vosotros será inconmovible e imperecedero, aunque algún día... tal vez... lleguéis a aborrecerme -balbuceó la joven señora.

-¡Oh... Myron! -exclamó Byrne echándose a reír-. ¿Pero cómo vamos a aborrecerte Ernest y yo, si eres lo que más amamos en el mundo?

Y el marino apretó la enguantada manita de su esposa entre las suyas.

-Has vivido demasiado tiempo exclusivamente para el niño y para mí -aseguró-. Durante tres años me has seguido de un lado a otro del país, habitando casi siempre en lugares desérticos, aburridos y vigilados como campos de prisioneros. ¿Sabes lo que creo? Que te conviene distraerte un poco volviendo los ojos en rededor y cerciorándote de que tu hijo y tu marido no son todo el mundo. Ahora que han terminado mis estudios, que el *Tritón* se dispone a entrar en servicio y han acabado las reclusiones obligadas en los centros experimentales atómicos, ¿por qué no cultivas tus viejas relaciones, los deportes y las demás actividades sociales que tan ocupada te tenían antes?

Mistress Huber envolvió a su marido en una mirada de amorosa gratitud.

-¿Lo harás, verdad? -interrogó Byrne.

Ella asintió.

-Mira, ahí llega papá -y el marino señalaba a un hombre alto que cruzaba por la resbaladiza plancha.

El negro impermeable en que iba envuelto, bastante corto y excesivamente holgado, le daba el aspecto de un gran murciélago que agitase sus sombrías alas al hacer equilibrios sobre la pasarela.

Byrne puso a su hijo en el asiento. Y el niño se despertó.

El oficial saltó a tierra y fue a ocupar el asiento posterior huyendo de la lluvia y el viento. El profesor Ernest Kraft fue a ocupar el asiento abandonado por su yerno y tomó al niño en brazos.

-¿A quién se le ocurre sacar al chico con este tiempo y a estas horas? -vociferó.

-Él quiso venir y no hubo manera de convencerle para que se quedara en casa -apuntó Byrne desde el asiento trasero.

Un jeep de la Marina irrumpió violentamente en el muelle «B», echando ruidosamente los frenos ante la plancha de acceso al submarino. Un hombre saltó del jeep y cruzó algunas palabras con el sargento que mandaba el piquete de guardia. Luego, el sargento y el hombre que vino en el automóvil se acercaron al Ford del capitán Huber.

-Un mensaje para el comandante del *Tritón* -anunció el estafeta. Y añadió-: Debo entregarlo en propia mano y a bordo del buque.

-Volveré enseguida -anunció Byrne saltando a tierra.

El estafeta le siguió a través de la plancha y le entregó un sobre sellado sobre la húmeda cubierta del sumergible. El comandante del buque se introdujo por una escotilla para leer el despacho a cubierto de la lluvia.

El claxon del submarino rugió tres veces poco antes que el capitán reapareciera sobre cubierta y empezara a cruzar la plancha.

-¿Qué significan esos tres toques de claxon, Byrne? -preguntó el profesor Kraft.

-El Servicio Meteorológico anuncia que el tiempo habrá empeorado mucho al amanecer.

-¿Se aplazan las pruebas?

-No. Vamos a zarpar enseguida -y como apoyando sus palabras se escuchó una voz que gritaba a través de un megáfono:

«¡Prepárense para largar amarras!»

-¿Vais a salir a la mar, sabiendo que el tiempo tiende a empeorar? -preguntó preocupada Mistress Huber.

-Mi querida Myron -dijo el capitán-. Ni el temporal más fuerte puede afectar al *Tritón* cuando éste navegue a sesenta metros de profundidad. Allí reina siempre la calma. Vamos, despídase de una vez, profesor. Le están esperando en la sala de máquinas.

Ernest Kraft besó a su hija y a su nieto y volvió a cruzar la plancha como un grande y atolondrado murciélago.

-Debieras pasar la noche en Groton en vez de regresar ahora mismo a Nueva York -dijo el capitán besando a su esposa-. La carretera estará helada y resbaladiza.

-Conduciré con cuidado. Adiós, Byrne. Nos quedaremos aquí hasta veros partir. Suerte.

-¡Adiós, papá! -gritó el niño agitando una mano.

Al pisar la cubierta de su buque, el capitán se volvió para sonreír en dirección al automóvil. Luego trepó por la escalerilla de hierro adosada a la torrecilla que se levantaba en el centro del casco del submarino. El segundo y el tercer oficial estaban ya allí arriba arrebujados en sus negros y relucientes chubasqueros.

-¡Hola, Sam! ¡Hola, Roswell!

-Vaya una nochecita para hacerse a la mar, ¿eh, capitán? -exclamó Philip Roswell, tercer oficial del *Tritón*.

-El mundo entero tiene puesta su mirada en nosotros. Y se sentiría defraudado si una vulgar galerna impidiera la salida de todo un fantástico submarino atómico, ¿no es eso, Byrne? -se echó a reír Sam Odlum.

Byrne tomó el teléfono.

-Comandante a oficial de máquinas. Pongan en marcha el reactor.

Las escasas personas que se encontraban en el muelle «B» de la Base Naval abandonaron el resguardo del largo edificio que ocultaba al *Tritón* de la vista de los curiosos y avanzaron bajo la lluvia y el viento hasta el límite permitido por el cinturón de guardias armados.

La mayoría de aquellas personas, las que no estaban instruidas en el funcionamiento de las máquinas del submarino, debieron sentirse defraudadas al no percibir movimiento ni ruido alguno que anunciara la oculta actividad del reactor atómico.

Sin embargo, la pila o reactor atómico estaba funcionando ya y levantando el vapor destinado a mover las dos gigantescas turbinas que accionaban las hélices.

-¡Retiren la plancha! -gritó el megáfono.

Y la plancha fue retirada. El claxon rugió dos veces.

-¡Quiten la amarra uno! -bramó el megáfono.

Y la amarra fue quitada.

Byrne observó cómo la segunda amarra caía y chapoteaba en el agua. Levantó el teléfono.

-¡Fuera la dos! -dijo Byrne entonces al segundo oficial.

-¡Fuera la dos! -repitió Roswell por el megáfono.

-Comandante a sala de máquinas. Número uno avante un quinto. Número dos atrás.

Las hélices levantaron un remolino de espuma a popa del buque, y ésta fue la primera manifestación de fuerza que los espectadores del muelle pudieron observar. Luego, el *Tritón* se fue separando lentamente de la riba, maniobrando por sus propios medios y sin auxilio de remolcadores, hasta que, encontrándose a una distancia prudencial del muelle, hizo sonar su claxon una sola vez.

-Máquinas una y dos. Avante un quinto -ordenó Byrne.

Para los que estaban en el muelle, el *Tritón*, segundo submarino atómico de la Armada de los Estados Unidos, sólo era visible a través de la cortina de la lluvia en forma de unas lucecillas rojas y verdes que corrían en dirección a la bocana del puerto.

Éste fue el momento escogido por Mistress Huber para subir el cristal de la ventanilla, poner el automóvil en marcha y abandonar la Base Naval

emprendiendo el regreso a Nueva York. Poco después rodaba por la solitaria carretera, helada y resbaladiza a causa de la lluvia, en persecución de la luz de sus propios focos, que alumbraban en las curvas masas oscuras de árboles zarandeados y despeinados por el viento. Y entonces pensaba en su marido, que estaría en la torrecilla del submarino tiritando bajo el maloliente chubasquero, en tanto la afilada proa levantaba rociones de espuma dejando atrás el rompeolas del puerto.

Y, en efecto, el capitán Huber continuaba en la torrecilla del submarino, expuesto a la lluvia y el viento que le azotaban el rostro, mas satisfecho de encontrarse en este puesto tan incómodo y que sin embargo le envidiaban todos los comandantes de submarino del mundo.

Bajo sus plantas temblaba como un corcel fogoso el buque más perfecto de cuantos hasta entonces había construido el Hombre. Una máquina poderosa, impulsada por las colosales y aterradoras fuerzas de la cohesión de la materia, domadas, esclavizadas y controladas por la ciencia más avanzada.

Y a él le cabía el orgullo de ser el comandante de este navío prodigioso, que podía sumergirse a centenares de metros en el seno del mar y navegar así meses enteros, dando varias veces la vuelta a la redondez del planeta sin asomar a la superficie ni acercarse a puerto para repostarse de combustible una sola vez.

La voz del segundo oficial le arrancó de la embriaguez de su triunfo.

-El muchacho se comporta bastante bien sobre las olas.

-¿Cómo?

-Que el *Tritón* es buen marinero en navegación de superficie -repitió Sam Odlum.

Byrne asintió. Y sin embargo, el hecho de que el *Tritón* mostrara condiciones marineras para la navegación de superficie tenía una importancia secundaria. Porque al contrario de los demás submarinos, que eran en realidad buques de superficie adaptados para la navegación en inmersión, el *Tritón* era un navío proyectado y construido para navegar más tiempo por debajo del agua que sobre ella.

-¿Cuál es nuestra posición? -preguntó Byrne después de apurar una taza de café.

-Estamos a quince millas de la costa.

-Bien, vamos a sumergirnos. -Y tomando el teléfono ordenó-: ¡Prepárense para inmersión!

El claxon carraspeó con estruendo.

-¡Prepárense para inmersión! -gritaron los altavoces.

-Comandante a telegrafista. Comunique a la Estación Naval que nos sumergimos para la primera prueba a las cero doscientos cuarenta. El oficial de derrota le dará nuestra posición exacta. Volveremos a comunicar

a las cero ochocientos «a» «eme».

Byrne volvió el teléfono a su casilla. Luego, lanzó una mirada al proceloso mar de tinta que le rodeaba y se descolgó por la escalerilla hasta la tibia y brillantemente iluminada cámara de derrota. Odlum y Roswell le siguieron cerrando la escotilla.

Byrne se acercó al teléfono y preguntó:

-¿Listos para la inmersión?

-¡Listos a proa! -contestaron por el altavoz.

-¡Listos a popa!

-¡Sala de máquinas sin novedad!

-Escotillas cerradas, señor -anunció un marinero.

-Afuera los estabilizadores.

-¡Estabilizadores fuera!

-Inmersión a veinte metros. Inunden los tanques tres y cuatro.

Se escuchó a través de las recias planchas del casco el silbido del aire que escapaba de los tanques desalojado por la inundación.

El piso se inclinó ligeramente hacia proa. Las olas barrieron la cubierta del buque chocando con golpe sordo contra el quiosco central. Luego el *Tritón* penetró suave y rápidamente en la zona de quietud y silencio que constituía su verdadero dominio.

Reinaba en la cámara de derrota, y también en el resto del submarino, un silencio profundo y acongojado, producto de la preocupación que dominaba el ánimo de sus tripulantes. Los hombres revisaban continuamente manómetros, indicadores y empalmes de tuberías, prestos a dar la voz de aviso si se producía la menor avería.

Y en este silencio se escuchó triunfal la voz del teniente Roswell.

-¡Profundidad, veinte metros!

-Nivelen.

-Nivelado.

-¿Alguna novedad? -preguntó Byrne acercando la boca al micrófono.

-Sin novedad a proa.

-Sin novedad a popa.

-¡Hola, Byrne! -saludó la apacible voz del profesor Kraft a través del teléfono-. Hay un pequeño goteo de agua en una de las cañerías de la sala de máquinas, pero los muchachos ya le están apretando los tornillos.

-¿No es admirable? -preguntó Byrne satisfecho.

Y el profesor Kraft contestó:

-No. No es admirable, sino lógico. Por algo es este buque el mejor construido del mundo.

-¿Qué tal el reactor?

-Por ése no hay que preocuparse.

-¿Y las turbinas?

-Funcionan como máquinas de coser -contestó la voz del alférez Cripps.

-¿Les parece bien que vayamos aumentando progresivamente la velocidad y la profundidad del buque?

-Sí, podemos hacerlo -contestó Cripps.

-Bien, adelante.

Al aumentar la velocidad del navío creció en poder el zumbido de las turbinas.

El sistema de propulsión del *Tritón* era el mismo para la navegación de superficie que en inmersión, y podía resumirse para el profano de la siguiente forma:

El calor originado en el interior del reactor o pila atómica, producía una gran cantidad de vapor a una temperatura de 400 a 600 grados, el cual era absorbido por el agua destilada que una bomba impulsaba hasta una caldera próxima. Esta agua sobrecalentada transmitía su calor al agua de la caldera, que a su vez se convertía en vapor. El vapor, conducido mediante tuberías especiales, ponía en movimiento un equipo de dos turbinas gemelas, las cuales estaban conectadas con los árboles de las hélices.

Sólo faltaba añadir que este curioso procedimiento se repetía constantemente. Porque el vapor, después de haber servido para mover las turbinas pasaba por un condensador que volvía a convertirlo en agua, la cual iba a parar nuevamente a la caldera. Con las turbinas se conectaban los generadores eléctricos que suministraban al submarino la energía necesaria para hacer funcionar los demás servicios e instrumentos de a bordo.

En ésta su primera salida al mar, la comprobación de las máquinas era solamente un objetivo secundario del *Tritón*, ya que tanto el reactor como las turbinas habían sido probados con anterioridad y buen éxito en el Centro Experimental Atómico de Arco, en el desierto de Idaho, y posteriormente en cortas maniobras sin salir de la Base Naval de Groton.

En cambio, estaban pendientes de comprobación detalles tan importantes como la solidez del casco, la velocidad máxima que era capaz de desarrollar el buque, el funcionamiento del aparato que extraía el oxígeno del agua de mar y, en orden de importancia, otros mil dispositivos distintos que comprendían desde los depósitos de oxígeno comprimido a muchas atmósferas hasta los múltiples indicadores, pasando por las instalaciones de «radar», «sonar», aparatos para absorber el bióxido de carbono y los filtros que eliminaban los malos olores y regeneraban el aire.

Así, pues, la tripulación del submarino atómico y el equipo de once técnicos que iban a bordo en calidad de agregados estuvieron muy atareados desde las 02.20 a.m., a las 08.00 a.m., en que el buque emergió a la superficie para radiar su posición y rendir informe a la estación receptora del Estado Mayor de la Armada, de quien dependía directamente.

A las 08.10 a.m. el *Tritón* luchaba contra la galerna, con olas de más de

6 metros de altura y un fuerte viento que ponían en entredicho sus excelentes condiciones marineras para la navegación de superficie.

A las 08.15 a.m. el radiotelegrafista salió de su cabina para entregar al comandante un mensaje recibido por teletipo.

«Del almirante Jefe del Estado Mayor de la Armada al comandante del *ATOM S-2* de la Armada de los Estados Unidos, 08.12 a.m.

«Pruebas satisfactorias; inicie su regreso a la base en vista del empeoramiento del tiempo».

-¿Y qué diablos puede importarle al *Tritón* el estado del mar? -exclamó el capitán de corbeta Odlum.

-Podría importar si tuviéramos una avería. Prepararse para inmersión -ordenó Byrne.

Cinco minutos más tarde el *Tritón* volvía a sumergirse y viraba en redondo poniendo proa a la Base. Byrne llamó a la sala de máquinas.

-Regresamos a la Base, profesor -dijo a su padre político-. Deje la mitad del equipo de guardia y venga a desayunar con el resto.

Poco después, al dirigirse al comedor, el comandante sentía un ligero mareo que le hizo vacilar buscando apoyo en el mamparo del corredor.

-¡Qué cosa más extraña! -murmuró para sí, pasándose la mano por los ojos.

Y sacudiendo enérgicamente la cabeza siguió adelante.

Pero al llegar a la puerta estanca volvió a sentir otro vahído. Las rodillas se le doblaron, atacadas de súbita flojedad. Y esta vez tuvo que asirse con mayor fuerza al borde de la compuerta para no caer.

Un velo oscuro descendió sobre sus ojos.

-Estoy enfermo.

Y entonces vio al oficial torpedista que venía dando traspiés por el pasillo y caía con sordo golpe.

Una sospecha cruzó por el cerebro de Byrne con la rapidez de un relámpago.

-¡Bióxido de carbono...! ¡Estamos muriendo asfixiados!

De la contigua cocina llegó un estrépito de platos rotos.

Hizo un sobrehumano esfuerzo para conservar el sentido y dar la voz de alarma. Pero no pudo.

Las rodillas se negaban a sostenerle. Se sintió caer. El velo negro volvió a cubrir sus ojos. Sintió un miedo espantoso.

-¡Muertos... envenenados! -fue el último pensamiento lúcido de su mente.

CAPÍTULO II

Despertó en su propia cabina, una cabina algo mayor que las de los submarinos corrientes, con los muebles claros y los tabiques pintados de un suave color verde que incitaban al sosiego y al descanso. Recordó su extraño desvanecimiento y quiso incorporarse lanzando una exclamación. Pero algo tiró con brusca fuerza de su brazo izquierdo hacia atrás.

Y entonces vio, estupefacto, que tenía una muñeca esposada a los barrotes de acero de su propia cama.

Byrne Huber se quedó mirando con pupilas absortas las relucientes manillas que le tenían prisionero. Y hubo de volver los ojos en rededor para asegurarse que estaba en su cabina, a bordo del *Tritón*, y que no soñaba.

-¡Tom! -gritó llamando al asistente-. ¡Tom!

Ladeó la cabeza escuchando.

El submarino atómico navegaba. Podía percibir la suave vibración y el zumbido de las turbinas, así como el gemido del generador de electricidad.

-Debo haber sufrido un ataque de locura para que me amarraran así -pensó.

Y volvió a llamar. A Tom, a Sam Odlum, a Philip Roswell y, en orden descendente de categoría y afecto, a los demás oficiales y marineros de la tripulación.

Escuchó rumor de pasos en el corredor. La puerta se abrió a medias, y por el resquicio asomaron las pálidas facciones de Charles Knowles, uno de los técnicos del equipo del profesor Kraft.

-¡Ah, ya ha despertado usted! -exclamó Knowles.

-¡Por un millón de diablos! ¿Qué significa esto? -chilló Byrne señalando las manillas.

-Voy a avisar al profesor Kraft -dijo el técnico a modo de excusa. Y se marchó.

-¡Eh, oiga! -rugió Byrne-. ¡Espere un momento...!

Pero el hombre no volvió sino al cabo de unos minutos. Y entonces iba acompañado del profesor Ernest Kraft y del profesor Ralph Hunt, que juntamente con el padre político de Byrne compartía la responsabilidad del buen funcionamiento del reactor atómico.

La mirada del profesor Kraft era singularmente grave detrás de los gruesos cristales de sus gafas de miope.

-Hola, hijo -murmuró yendo a sentarse a los pies del lecho.

-¿Qué ha pasado? -interrogó el capitán haciendo tintinear significativamente la cadena de las esposas-. Sólo recuerdo haber perdido el conocimiento cuando me dirigía al comedor.

-Toda la tripulación del submarino quedó sin sentido al mismo tiempo que tú -aseguró el sabio.

Y Byrne exclamó:

-¡Cielos! ¿No habremos recibido una fuerte dosis de radioactividad, verdad?

El profesor Kraft intercambió una mirada con su colega. Byrne interpretó aquel cruce de miradas como una respuesta afirmativa. Sintió que el temor a la muerte lenta, a plazo fijo, le estrujaba el corazón.

-¿Fue una dosis... mortal? -preguntó roncamente.

-No se trata de eso, Byrne -negó el profesor sacudiendo su blanca y crespa cabeza-. No hubo escape de radioactividad. El profesor Hunt y yo, en colaboración con Knowles y el resto del equipo técnico, provocamos la pérdida de conocimiento de toda la tripulación introduciendo gases anestésicos en el conducto de acondicionamiento de aire. Luego, nos encerramos en un compartimiento de la sala de máquinas y esperamos hasta que fue posible salir sin que nos alcanzaran los efectos de la anestesia.

Byrne miró a su padre político con estupefacción.

-No fue pequeño trabajo trasladar a toda la tripulación a lugar seguro y encerrarla bajo llave -añadió el pálido Charles Knowles en la breve pausa.

-Pero, ¿por qué? -chilló Byrne-. ¿Por qué han hecho eso?

-Nos hemos apoderado del submarino, Byrne -dijo el sabio lentamente-. Tú y toda la tripulación sois nuestros prisioneros, y el *Tritón* navega ahora bajo nuestra dirección.

Byrne clavó profundamente sus ojos en los del físico.

-¡Bah! -exclamó-. Todo esto es una broma pesada, ¿verdad? -Pero por su acento, el comandante no parecía muy seguro. Y no lo estaba en realidad. La palabra *traición* surcaba veloz y repetidamente su cerebro. La veía escrita con letras fluorescentes en el aire. Y la lógica la cuchicheaba insidiosamente en sus oídos-. No, no es una broma -murmuró Byrne. -Y luego, con súbito arranque de ira-: ¡Hable de una vez, profesor Kraft! ¡Diga lo que se propone!

-Hijo mío -exclamó el sabio-, siempre supuse que éste sería un momento difícil para mí. Si hubiera creído que podrías comprenderme y aplaudir mi idea te la habría definido hace tiempo. Pero no estando seguro en la forma en que reaccionarías, no me atrevía a descubrirte mi plan y he esperado hasta que los hechos estuvieran consumados para hacerte una proposición.

-¿Qué proposición? ¡No aceptaré ninguna que no sea dejarme en libertad, devolverme la tripulación y conducir el submarino a su Base!

-Eso ya no es posible, hijo mío. No hemos dado este paso a tontas y a locas, sino después de meditarlo bien y con mucha anticipación. El destino del *Tritón* era ser raptado durante su primer viaje de pruebas. Yo mismo lo decidí así cuando la quilla de este buque todavía no estaba en la grada de

los astilleros y hacíamos los primeros experimentos en el desierto de Idaho. El *Tritón* jamás será devuelto a la Armada de los Estados Unidos.

-Creo que voy comprendiendo -exclamó Byrne amargamente-. ¿Me dejan adivinar el resto?

-No puedes adivinarlo.

-¡Oh, no es tan difícil! Alguien les ha ofrecido una suma fabulosa por el *Tritón*, y ustedes han planeado capturarlo y venderlo. Lo que una potencia pague por este buque no será tal vez ni la décima parte de lo que ha costado a los Estados Unidos. El submarino atómico les saldrá casi regalado y todos ustedes serán ricos. ¿Me equivoco?

-Sí -sonrió débilmente el profesor Kraft.

Byrne Huber miró desconcertado a los tres hombres de las batas blancas. Luego, gritó:

-Pues si no es para venderlo, ¿por qué diablos han secuestrado mi buque, sabiendo lo caro que esto ha de costarles?

-Este submarino nos era indispensable para llevar a cabo la dura misión que un grupo de eminentes científicos de diversas nacionalidades nos hemos impuesto -dijo el profesor Kraft-. Los Estados Unidos lo han construido para la defensa del país, pero nosotros vamos a darle un destino más noble y ambicioso. Con él nos proponemos imponer la paz en el mundo.

Byrne Huber contempló pensativamente a su padre político.

No era ésta la primera vez que le oía hablar de imponer la paz entre todas las naciones y razas de la Tierra. Muchas veces, en el curso de la construcción del submarino atómico, Byrne le oyó lamentarse de las fabulosas sumas de dinero y los poderosos medios técnicos que las potencias dedicaban a la construcción de artefactos bélicos, cuando todo aquel dinero y aquella técnica hubieran bastado para hacer la felicidad del género humano si existiera mayor comprensión y verdadero sentido de hermandad entre los hombres.

-¡Ah, vamos! -exclamó Byrne echándose a reír-. Ustedes han pensado que con este submarino atómico, capaz de navegar meses enteros sin repostarse de combustible ni emerger a la superficie, pueden imponer sus condiciones al mundo entero convirtiéndose en una especie de ángeles guardianes de la paz... Un ángel que disparará torpedos acústicos y tal vez proyectiles dirigidos con cabeza de combate atómica contra las flotas navales, las fábricas de armamentos y las grandes ciudades de las naciones que no se sometan al desarme. ¿Acierto ahora?

-Sí -asintió Ernest Kraft con gravedad.

-Un proyecto muy loable, pero imposible de realizar -rió el capitán Huber-. Todos los hombres amantes de la paz han soñado alguna vez en poseer un medio prodigioso que, permitiéndoles realizar proezas con

carácter de milagros, les sirviera para imponer por la fuerza el sentido común que la Humanidad se niega a cultivar de buen grado.

-Nosotros convertiremos el sueño en realidad. Poseemos los medios -aseguró el sabio.

-¿Se refiere a este submarino? -contestó Byrne echándose a reír. Luego, adoptando una actitud grave, agregó-: Están locos si creen que basta un simple submarino atómico para meter en cintura al mundo entero. El *Tritón* representa un avance prodigioso en la construcción naval, pero no es único, ni mucho menos invencible. Además, ni siquiera está en condiciones de disparar los torpedos que tampoco lleva a bordo. Éstos no son los tiempos del Capitán Nemo y el fabuloso Nautilus de Julio Verne, señores.

Los dos sabios cambiaron una mirada regocijada. Por su parte, Charles Knowles reía silenciosamente mostrando una dentadura desigual y amarillenta.

-Tenemos otra arma más poderosa que los torpedos acústicos del *Tritón* para amenazar de aniquilamiento fulminante a todas las flotas de guerra del mundo, Byrne -aseguró el profesor Kraft-. Si no fuera por esto, ¿crees que hubiésemos empezado esta peligrosa aventura?

El sabio se detuvo para leer la expresión alarmada e incrédula de su yerno. Luego, prosiguió:

-No, hijo mío. Tu suegro no está loco. He inventado, construido y probado con éxito total el arma más terriblemente mortífera de cuantas existen hoy día sobre la faz del mundo. Un grupo de sabios eminentes, hombres inteligentes y amantes de la paz, amedrentados por la estupidez de un mundo inconsciente que avanza día a día hacia su propia destrucción, han colaborado conmigo y están ahora reunidos en un punto secreto de la costa de Terranova esperando al *Tritón* para equiparle con nuestra arma y comenzar la ofensiva de la paz. Ellos han visto mi máquina y están de acuerdo conmigo en que su posesión por cualquiera de las naciones que más pronto o más tarde acabarán por descubrirla también, acarrearía fatales daños al mundo entero. Ni los mismos Estados Unidos, con su tan cacareada idea de la libertad del hombre, podrían resistir a la tentación de erigirse en amos y dictadores de todo el planeta. La posesión de esa arma rompería el actual equilibrio de fuerzas existentes entre las distintas ideologías de Oriente y Occidente y daría al que la poseyera una ventaja decisiva sobre el bando antagonista.

»Quien la tuviera trataría de imponer sus ideas al resto del mundo. Por esta razón, esa arma debe estar en manos de un grupo reducido y selecto de personas dotadas de conciencia, que sólo deseen el bienestar de la Humanidad y sepan utilizarla y retenerla; primero, para encauzar a los pueblos por el camino de la sensatez, y luego vigilarles para que no la abandonen y castigarles con rigor ejemplar si se rebelan. ¿Has

comprendido?

-Creo haber comprendido -repuso Byrne-. Ustedes se proponen hacer ni más ni menos lo mismo que haría el primer gobierno que consiguiera esa arma ultra poderosa para su nación.

-Hay una diferencia. Y es que, así como una nación la utilizaría para su exclusivo provecho, nosotros la ponemos al servicio de la felicidad común. Sin temor a las guerras, los pueblos podrán ahorrarse esas sumas fabulosas que hoy día se invierten en armamentos y contribuir con ellas a aumentar el bienestar interior de sus naciones, que será a corto plazo y sin duda alguna, el bienestar de todo el mundo.

-No lo conseguirán -profetizó Byrne sin vacilar.

El profesor Hunt contestó:

-¡Oh, no crea que nos dejamos arrastrar por un exceso de optimismo! Sabemos que la lucha será larga y dura, pero hemos aceptado el riesgo de fracasar y cualquier clase de sacrificio de antemano.

El profesor Kraft añadió:

-Byrne, no voy a preguntarte ahora si quieres unirte a nosotros. Tienes tiempo para meditarlo. Además, quiero que veas antes mi máquina en acción. Hasta que decidas lo contrario deberemos considerarte como un prisionero.

-No deseo otra cosa. Que me consideren prisionero y que me conduzcan donde están mis oficiales y marineros.

-Te llevaremos con ellos -dijo el profesor. Y sacando la llave de las esposas liberó a su yerno de los barrotes de la cama.

-¿Myron... sabe esto? -preguntó el capitán.

-Sí. Ella vendrá a reunirse con nosotros en mi laboratorio secreto de Terranova.

Byrne asintió en silencio. Se dejó llevar dócilmente hacia el compartimiento de los torpedos, donde estaban encerrados los diez oficiales y 85 suboficiales y marineros de la tripulación.

Camino del cautiverio, iba pensando en las enigmáticas palabras de su esposa poco antes de despedirse en el muelle de Groton: «Pase lo que pase, cualesquiera sean las circunstancias que algún día puedan separarnos...».

Myron debía prever que él se negaría a secundar los absurdos proyectos del profesor Kraft. Y de otro lado demostraba alentar alguna esperanza, como daban a entender sus siguientes palabras: «si llegan a separarnos».

El capitán se detuvo bruscamente al llegar ante la puerta estanca del compartimento de proa.

-El niño... supongo que Myron no sea tan loca que lleve al niño consigo, ¿verdad? -preguntó asustado.

-Myron traerá al niño a Terranova. Lo dispusimos así para que vuestro hijo no fuera utilizado como rehén en el caso de que tú aceptaras unirte a

nosotros. Pero si rechazas nuestra proposición...

Byrne interrumpió colérico:

-¡Cuente que está rechazada!

-Bien -dijo el profesor-. Si es así no tienes por qué preocuparte. El chico volverá contigo y con la tripulación del submarino a los Estados Unidos.

La puerta acababa de abrirse. Byrne asintió con un gruñido amenazador y entró en la cámara de torpedos, donde sus oficiales y marineros le rodearon al punto abrumándole a preguntas. Para aquellos hombres continuaba siendo un misterio la forma en que perdieron el sentido y lo que esto significaba.

Byrne lo explicó en pocas palabras. Y el comentario de uno de los marineros le llenó de zozobra:

-¡Ese profesor Kraft está más loco que una cabra!

Byrne era de la misma opinión. Pero había una diferencia. El profesor Kraft era su suegro.

* * *

Durante 24 horas las turbinas y las dínamos del submarino atómico zumbaron con regularidad y a un ritmo mucho más vivo que el que lo habían hecho antes sin que incidente alguno a bordo sirviera para desacreditar la pericia de los hombres que lo habían tomado bajo su mando.

Esto resultaba muy humillante para la cautiva tripulación del *Tritón*, expertos navegantes de submarino que fueron designados con tres años de anticipación a la puesta en servicio del submarino atómico para los puestos que ocuparían, recibiendo instrucción especial sobre física nuclear básica.

La puerta del compartimiento de proa no se abrió, ni una sola vez en todo aquel tiempo. El equipo científico lo había previsto todo tan minuciosamente que los marineros y oficiales del *Tritón*, al despertar de su profundo sueño hipnótico, se encontraron en su encierro con víveres suficientes para saciar cumplidamente sus necesidades durante un tiempo mucho mayor que el que allí permanecieron encerrados.

Sobre las nueve de la mañana se escuchó el silbido del aire comprimido que soplaba el agua de los tanques de inmersión. El submarino salió a la superficie sin acortar su rápido andar. Y éste debía ser del orden de los 25 nudos, a juzgar por el cabeceo del buque y el fuerte ruido de las olas que rompían contra la proa.

-¡Ojalá seamos vistos por algún barco o aeroplano que pueda dar detalles de nuestro paradero a la Armada! -exclamó el capitán de corbeta Sam Odlum. Y tras una breve pausa añadió-: ¡No quiero pensar en lo que ocurrirá si estos locos poseen en realidad un arma tan poderosa como presumen tener!

-¿Qué arma puede ser ésa? -preguntó por enésima vez en el transcurso de aquellas veinticuatro horas uno de los marineros.

-Pronto lo sabremos -contestó Byrne señalando en dirección a la marcha del submarino-. Estamos acortando la marcha, acercándonos sin duda a nuestro punto de destino. El profesor Kraft nos hará con mucho gusto una demostración del poder de su arma.

-¿Cree usted que lo hará? -preguntó el alférez torpedista J. Black.

-Sí. Y después les echará a ustedes un discurso pintándoles con hermosos colores la perspectiva de un mundo sin guerras. Por último, les invitará a quedarse con él. Bueno es que lo sepan para que vayan pensando la respuesta que le han de dar.

El *Tritón* redujo todavía más su velocidad. Veinte minutos después, se detenía, viraba y hacía marcha atrás. Luego, paró las máquinas.

-No cabe duda, hemos llegado -dijo Odlum.

-¿Qué habrán pensado en la Base al no tener noticias nuestras? -interrogó Roswell.

-Nos darán por perdidos. Organizarán un equipo de salvamento que recorrerá inútilmente la ruta probable que debimos haber seguido para regresar -murmuró Odlum.

-Calculo que los señores almirantes tendrán un alegrón al vernos regresar sanos y salvos... sin el submarino -exclamó Roswell amargamente.

Se escuchó rumor de pasos recios en el pasillo. La puerta se abrió y en el hueco apareció media docena de hombres armados de ametralladoras, todos equipados como para soportar un clima polar.

-Vayan saliendo uno a uno con las manos en la nuca -ordenaron aquellos desconocidos.

Los marineros del *Tritón*, agrupados en torno a su capitán, consultaron a éste con la mirada.

-Obedezcan -aconsejó Byrne. Y dando ejemplo de lo que debía hacerse salió el primero con las manos entrelazadas tras la nuca.

En los corredores y escalerillas, de trecho en trecho, había un hombre apuntando a la fila de marineros que desfilaba hacia la escotilla.

Ni los oficiales ni los marineros del *Tritón* fueron invitados a recoger sus capotes. De manera que hubo un estremecimiento general de frío al pisar las planchas de la cubierta, barrida por un viento gélido que cortaba como un cuchillo.

El *Tritón* estaba amarrado de popa a un gran bloque de granito, en la orilla de un profundo fiordo cuyas laderas se apreciaban cubiertas de nieve. Sobre el muelle natural que formaba el bloque de granito, teniendo por fondo la entrada de una enorme gruta, el profesor Kraft y el profesor Hunt estrechaban las manos enguantadas de un grupo de hombres que vestían gruesos abrigos y capuchones de pieles. Todos parecían muy satisfechos, y

sin duda lo estaban en vista de lo bien que se iban desarrollando sus planes.

Otra de las cosas que el capitán Huber descubrió fue un transporte de unas 1.800 toneladas que estaba anclado no lejos del submarino. No tuvo tiempo de fijarse en más detalles, porque el cañón de una ametralladora le golpeó en los riñones y una voz gritó con fuerte acento alemán:

-¡Adelante... no se detenga!

Los 96 tripulantes del *Tritón*, formando una larga fila de uniformes azules, treparon por la suave pendiente que conducía a la gruta. Ésta tenía el piso en declive hacia la salida y estaba iluminada a trechos por potentes focos eléctricos, a los cuales alimentaba un generador movido por un Diesel que roncaba estrepitosamente cerca de la entrada.

La gruta tenía el piso de cemento y había sido ensanchada artificialmente por medio de excavaciones regulares en la roca, a uno y otro lado.

-Entren ahí -señalaron los guardianes dirigiéndose a las dos cuevas provistas de recia puerta.

Los prisioneros se repartieron entre dos celdas húmedas y frías, débilmente alumbradas por una solitaria bombilla, cuyo piso estaba cubierto por una capa de paja seca.

Los prisioneros habían recibido un buen trato hasta entonces y era general entre ellos la creencia de que serían puestos en libertad en breve.

También Byrne Huber lo creía, pero le estremecía pensar en el momento que, ante la torva faz de un grupo de almirantes, tendría que rendir cuentas del submarino atómico tan fácil y estúpidamente arrebatado a sus manos.

Poco después del mediodía la puerta de la celda se abrió, y en ella aparecieron los hombres armados de ametralladoras invitándoles a salir. En la parte de fuera había un montón de capotes azules traídos desde el submarino.

-Pónganse los abrigos y formen de dos en dos -les ordenaron.

Los oficiales recuperaron sus capotes, los marineros tomaron los suyos al azar y formaron en columna de a dos. Mientras se alineaban con instintiva marcialidad, una extraña máquina cubierta por un encerado rodaba sobre un bastidor con llantas de automóvil hacia las bocas de la gruta. Entre el grupo que iba a la zaga de la máquina se contaba el profesor Kraft, el cual se detuvo un momento para decir a su yerno:

-Vamos a hacer una demostración de mi máquina en vuestro honor antes de montarla en el submarino.

La máquina del profesor Kraft, empujada por los hombres, abandonó la gruta y se detuvo unos metros más allá. La columna de marinos se puso en marcha a una orden, salió a su vez de la caverna y se detuvo a una indicación de sus centinelas.

-¡Alinéense con las espaldas pegadas a la roca! -gritaron.

Y los marinos yanquis obedecieron bajo la fila de cañones que les apuntaban.

El profesor Ernest Kraft se acercó a los prisioneros.

-¿Ven ustedes aquel barco? -preguntó señalando al que estaba anclado en las tranquilas aguas del fiordo. Y los norteamericanos advirtieron entonces que había sido llevado a una milla de distancia, cerca de la salida del fiordo-. Pues bien. Nosotros vamos a aniquilarlo en un segundo dirigiendo contra él nuestro *Rayo de la Muerte*. Fíjense bien que he dicho aniquilarlo, en vez de hundirlo. En realidad, ese vapor no tendrá siquiera tiempo de hundirse. Mi *Rayo de la Muerte*, que tiene la penetración de los rayos cósmicos y las mismas características mortales que éstos, lanzará un chorro de electrones que provocarán la fisión de los átomos del hierro.

El profesor se volvió para mirar a su yerno. Luego, agregó:

-El término exacto es éste: «vamos a desintegrarlo».

Y girando sobre sus talones se encaminó hacia la máquina, de la que los hombres estaban sacando unos cables eléctricos para empalmarlos al próximo generador de electricidad movido por el Diesel.

-¡Retiren la funda! -gritó.

CAPÍTULO III

Los hombres quitaron el encerado a la máquina. Y entonces quedó al descubierto un artefacto que, si no lo era, se parecía bastante a una antena de radar en forma de un plato cóncavo montado sobre una horquilla especial, la cual giraba a su vez sobre un eje permitiéndole apuntarse en todas direcciones y con cualquier ángulo.

Pero la máquina que los sorprendidos marinos del *Tritón* admiraron no era propiamente una antena de radar, sino un reflector en forma de casquete, con todo su interior forrado por un grueso cristal.

Del centro del reflector salía un tubo de cristal transparente en cuyo interior se entreveía la complicada disposición de hilos, anillos y placas de metales desconocidos. Este tubo terminaba en un ensanchamiento en forma de seta, de la que sobresalía un prominente arpón. Por último, detrás del plato, había fijo un cilindro metálico del que sobresalían tres gruesos aisladores de porcelana y otros tantos cables aislados que se reunían en la parle exterior del susodicho tubo.

Inmediatamente detrás del reflector, y como dos metros por encima de él, había montada una auténtica antena de radar que giraba con la máquina de forma que no entorpeciera la proyección de los rayos que pudieran salir reflejados del espejo.

Por último, y fijo al bastidor, había un cuadro de mandos hacia el cual se encaminó el profesor Kraft en medio de un expectante silencio.

El sabio movió uno de los interruptores. La antena del radar empezó a voltear silenciosamente, pero el reflector que estaba apuntado hacia arriba y hacia la gruta no se movió.

Los marinos comprendieron que la máquina se apuntaba automáticamente por radar, y que el profesor aguardaba a que el radar se hubiese calentado lo suficiente.

-¡Atención! Vamos allá -anunció el profesor Kraft.

Y empujó un interruptor.

Se escuchó un penetrante zumbido. En el interior de la ampolla de vidrio brillaron iridiscentes lucecillas. Y el reflector, hasta entonces inmóvil, echó a andar con brusco tirón girando pausada y seguramente sobre su eje, a la vez que descendía.

Un instante apuntó a la fila de expectantes marineros yanquis, que no pudieron evitar un movimiento de sobresalto al verse deslumbrados por el brillante espejo. Pero éste no era mortal todavía. Siguió girando en busca del mercante que estaba anclado a una milla de distancia.

El profesor Kraft estableció contacto con otro interruptor, y un rayo extraordinariamente potente, de una luz extrañamente verde, barrió el espacio y fue visible aun a pleno día mientras buscaba con precisión

matemática al transporte.

Los marinos contuvieron la respiración durante los breves segundos que el rayo verde tardó en alcanzar al buque. Y de pronto, el vapor se convirtió en un enorme, deslumbrante y chisporroteante globo del fuego.

No se produjo explosión alguna. El nuevo sol chisporroteó obligando a los hombres a cubrirse los ojos con las manos. Y una ráfaga de aire abrasador les azotó el rostro, el cuerpo y el dorso de las manos con que se tapaban los ojos.

De haber durado más de un segundo, aquel aire ardoroso hubiera producido graves quemaduras a quienes presenciaban el experimento. Pero la ráfaga pasó tan bruscamente como había llegado, y el globo de fuego empezó a empequeñecerse mientras ascendía sobre el mar, parpadeaba y se apagaba en medio de una colosal columna de vapor.

Todo había ocurrido en unos breves segundos. Cuando la nube de vapor se dispersó en el espacio, el transporte de 1.800 toneladas había desaparecido sin dejar rastro.

Una ronca exclamación de sorpresa brotó de las gargantas de los marinos yanquis. Éstos se volvieron para mirar espantados hacia la máquina destructora. La máquina se había detenido, y el profesor Kraft, después de desconectar los interruptores avanzó hacia los mudos e impresionados marineros del *Tritón*.

-Ésta -dijo señalando el reflector- es el arma que nosotros hemos construido en el secreto de este apartado lugar. Sus efectos son aniquiladores para todos los metales que toque el rayo en un radio de veinticinco kilómetros. A la mitad de esta distancia puede penetrar profundamente a través de la roca, el cemento o cualquier otra materia, y desintegrar igualmente los objetos metálicos que se encuentren detrás. Si atraviesan el cuerpo humano, los *Rayos de la Muerte*, de naturaleza idéntica a los rayos cósmicos, destruyen las células y el individuo muere con los mismos síntomas que los que sufren las quemaduras radioactivas de la bomba atómica.

El sabio hizo una pausa para observar el efecto de sus palabras entre el auditorio. Después prosiguió:

-El mejor destino que debiera darse a este instrumento infernal es destrozarlo y arrojar sus restos al fondo del mar. Pero esto no evitaría los males que necesariamente ha de acarrear al mundo. Otros hombres de ciencia, mañana, dentro de un año, o dentro de diez años a más tardar, descubrirán también lo que yo he descubierto. Y puede que este hombre, aunque horrorizado de su propia obra, no tenga más remedio que entregar su invento al Gobierno que paga o fuerza sus largas y penosas investigaciones con miras a utilizarlas en la defensa, en la conquista o en la mayor gloria del país que representa. Y cuando ese día llegue de nada

habrá servido que nosotros renunciemos hoy a nuestra máquina. La primera nación que la posea tendrá que ceder irremisiblemente a la tentación de conquistar el resto del mundo. Y entonces habrá otra guerra, y otro pueblo ensoberbecido empeñado en hacer prevalecer su hegemonía, y pueblos esclavizados sumidos en la desdicha y acariciando sueños de revancha...

La tripulación del submarino atómico, alineada contra la pared de roca bajo la amenaza de las ametralladoras, escuchaba en profundo silencio sin apartar los ojos de aquel hombre que iba desarrollando ante sus miradas absortas las tétricas escenas de un mundo futuro.

Y el sabio continuó:

-El mundo vive hoy día bajo el signo del terror. El hombre sufre, se preocupa, trabaja y se afana acumulando armamentos sobre armamentos en previsión de una guerra que nadie desea, pero que no existe forma de evitar. Y para lo breve que es su tránsito por la vida, el hombre ya tiene bastante con la lucha por la existencia sin que la aumente con la continua zozobra de un mañana incierto. Por eso, nosotros hemos decidido liberar al hombre del peso que él mismo ha echado sobre sí. Nos proponemos desterrar de su espíritu el temor a las guerras destruyendo a la guerra misma, aniquilando todas las flotas navales y aéreas que amenazan la paz del orbe, licenciando los ejércitos y erigiéndonos en ángeles tutelares de la paz...

Byrne Huber sonrió irónicamente. El sabio advirtió aquella sonrisa y dijo:

-Piense quien se sonría de nuestros honrados propósitos que la ONU y otras fenecidas organizaciones de naciones se fundaron para el mismo fin que nosotros perseguimos. Pero así como aquellas naciones fracasaron por no poder llegar a un acuerdo, nosotros alcanzaremos triunfantes nuestro objetivo.

El profesor Kraft pronunció con energía estas últimas palabras y miró uno a uno los rostros amoratados por el frío, vueltos hacia él.

-Todos ustedes quedan invitados a unirse a nuestra organización. Aunque ahora somos pocos y sólo contamos con un submarino atómico, algún día constituiremos una poderosa fuerza al servicio de la paz. Necesitamos el apoyo de todos los hombres dotados de corazón y conciencia, y ustedes pueden darnos ahora su ayuda inmediata. Así que los que estén con nosotros y deseen colaborar en esta causa... ¡que den un paso al frente! Y si cuanto han visto y oído les ha pillado por sorpresa y necesitan tiempo para pensarlo, disponen de tres o cuatro días hasta que el *Tritón* esté en condiciones de hacerse a la mar.

Unos 15 ó 16 marineros del Tritón *dieron* inmediatamente un paso adelante. Los restantes se miraron unos a otros.

-¡Que nadie se mueva! -gritó estentórea la voz del capitán Byrne S.

Huber. Y saliendo de la fila, desdeñando la amenaza de las ametralladoras, se encaró con sus hombres y gritó:

-No toméis a la ligera una decisión de la que más tarde habréis de arrepentiros. Los que se marchen ahora con el profesor Kraft se convierten automáticamente en reos de los delitos de deserción, traición y motín. Os convertiréis en alimañas perseguidas por todas las fuerzas navales y aéreas del mundo. Porque el mundo no se someterá sin resistencia a aceptar una paz tan efímera como inútil.

Dos de los guardianes armados se adelantaron hacia el oficial con intención de hacerle callar. Pero el profesor les detuvo.

-Dejen hablar al capitán Huber -dijo-. Tiene derecho a decir lo que piensa.

Y Byrne contestó, dirigiéndose a sus hombres:

-Esto es lo que yo pienso. El profesor Kraft habrá prestado un flaco servicio a la causa de la paz aniquilando las flotas y licenciando los grandes ejércitos del mundo. Porque las guerras pueden hacerse y se han hecho antes que hubiera tanques y acorazados, a pedradas y golpes de estaca, y seguirá habiéndolas en tanto la Humanidad esté dividida en fracciones de ideologías distintas. Por lo tanto, lo que estos hombres debieran aniquilar no son precisamente las armas, sino esas diferencias ideológicas, raciales y religiosas que separan a los hombres, los arman y los lanzan unos contra otros.

El profesor Kraft preguntó:

-¿Me permites una aclaración, Byrne?

El oficial no contestó, y su suegro prosiguió diciendo:

-También nosotros hemos pensado en buscar los orígenes de las guerras en el fondo de las conciencias de los hombres. Y hemos descubierto que las guerras, por lo general, no surgen del corazón, sino de las necesidades materiales del individuo. Creemos, pues, que las facciones ideológicas, raciales y religiosas pueden cohabitar en paz y armonía sobre el mismo planeta, a condición de inculcar en ellas un sentimiento de tolerancia y atender a sus necesidades vitales para que ningún pueblo tenga que codiciar el pan del vecino. Y esto es practicable. Bastaría que las ingentes sumas de dinero y el esfuerzo físico que las naciones invierten en armamentos se aplicaran a fomentar la agricultura y otras ramas útiles de la ciencia para que todos los pueblos vieran satisfechas sus necesidades materiales.

-Bien -repuso Byrne-. ¿Y qué me dice usted de sus necesidades espirituales?

-Se ha demostrado que el individuo es más optimista y tolerante cuando disfruta de una copiosa digestión.

Byrne movió la cabeza con pesimismo. Después, le dijo:

-Se equivocan ustedes lamentablemente al considerar al individuo

como un simple estómago. El Hombre es algo más que un animalito a quien basta llenar el estómago para sentirse satisfecho. Tiene necesidades espirituales. Tiene ideas, y esas ideas que le separan de sus semejantes es lo único que ustedes debieran destruir para conseguir una paz estable. Pero eso no puede hacerlo usted con su máquina, profesor. Las diferencias ideológicas, raciales y religiosas que dividen a los hombres continuarán habitando en aquellas regiones del espíritu que ningún rayo cósmico puede aniquilar, y allí seguirán vivas e inmutables, transmitiéndose de generación en generación hasta el día que todas las razas se hayan fundido, que todos los hombres abracen la misma religión y todas las ideologías políticas marchen encauzadas por el mismo camino. Pero habrán de transcurrir siglos y quizá milenios hasta que esto ocurra. La Humanidad es todavía muy joven y atraviesa ahora por el mismo período de mutaciones, adaptaciones y cataclismos telúricos que hace un millón de años dieron forma definitiva al planeta donde hoy habita. Y para que esta Humanidad infantil llegue a su mayoría de edad y adopte su forma más inteligente, hay que dejarle adquirir experiencia y juicio mientras busca y encuentra una forma lógica de vivir, lo cual sólo conseguirá a costa de grandes escarmientos y sacrificios. Por lo tanto, profesor, arroje al mar su infernal máquina y deje que el mundo dirima sus diferencias como lo hizo siempre desde que Dios hizo al Hombre y el Hombre descubrió que tenía un espíritu rebelde a las imposiciones del vecino. Las guerras que usted hoy evite se reproducirán mañana. Y ni usted vivirá eternamente, ni su *Rayo de la Muerte* será siempre un instrumento privado al exclusivo servicio de sus ideales. En la Historia del mundo su vano empeño sólo será un breve episodio, fugaz como un relámpago y sin más trascendencia que haber retrasado en una década la marcha normal de la existencia sobre este planeta tan propiamente llamado «un valle de lágrimas».

Byrne se detuvo con la respiración entrecortada. Luego, miró a su suegro.

-Hijo mío -dijo el profesor-. Mal podría yo preconizar el respeto a las ideas del prójimo si no empezara respetando las que me sancionan. Lamento que no estemos de acuerdo, pero no puedo renunciar a este sueño tan largamente acariciado. Las guerras deben prohibirse como sistema de persuasión porque, lejos de aplacar odios y allanar diferencias, sólo contribuyen a separar más a los hombres y preparar el terreno para otras guerras futuras. Estoy decidido a extirpar esa lacra de la Humanidad. Cueste lo que cueste... a cualquier precio... ¡he de conseguirlo!

El sabio hizo una pausa. Después, prosiguió:

-Dilo así a los altos jefes militares que te interrogarán a tu regreso a los Estados Unidos, Byrne. Diles que disponen de todo este mes de diciembre para meditar sobre las graves consecuencias que les acarrearía prestar oídos

sordos a mis amenazas. Si las Naciones Unidas no han llegado a un acuerdo el día último de este año, el día primero del año entrante el *Tritón* atacará sistemáticamente a todos los buques y aeroplanos que se atrevan a cruzar el Atlántico.

Byrne sacudió la cabeza y dijo:

-No podrán sostener una lucha tan desigual por mucho tiempo. Aunque posea un submarino atómico de ilimitado radio de acción y un arma del poder destructor de esos *Rayos de la Muerte*, las flotas de combate de todo el mundo, aliadas contra usted, le harán capitular más pronto o más tarde.

-No habrá capitulación en lo que a nosotros se refiere. Si los gobiernos se empeñan en ello combatiremos. Y Dios decidirá de quién ha de ser la victoria.

El profesor se volvió hacia los marineros del *Tritón* que habían salido de la fila. Pero éstos, como asustados por el brillo de la mirada del sabio, dieron automáticamente un paso atrás reintegrándose a la fila.

-¿No hay nadie que quiera venir conmigo? -preguntó Ernest Kraft. Y como nadie contestara hizo una seña a los guardianes armados-: Llévenselos.

Los guardias gritaron:

-¡De frente en columna de a dos!

Pero los marineros yanquis no se movieron. Porque en aquel instante se dejó oír el poderoso ronquido de un motor de aviación.

Todos los ojos se volvieron esperanzados al cielo gris.

El aeroplano llegó procedente del mar y voló ruidosamente a lo largo del fiordo. Era un hidroavión.

-¡Es un Catalina de la Armada! -gritó jubiloso un marinero.

De la cabina del hidroplano surgieron los rápidos destellos de una lámpara «Aldis». Y de la torrecilla del *Tritón* contestaron con el proyector de señales. El Catalina pasó rugiendo sobre el submarino, se elevó para virar por encima de las nevadas cumbres y se alejó.

-Es un Catalina, pero no de los nuestros -murmuró defraudado el capitán Sam Odlum.

Y el profesor Kraft gritó:

-Byrne. Ahí llegan tu mujer y tu hijo. Espera aquí si quieres verlos.

El capitán miró al hidroavión, que planeaba como una gigantesca gaviota disponiéndose a amarar.

-Vamos, compañeros -dijo. Y echó a andar hacia la gruta.

Poco después las puertas de las celdas se cerraban tras los marinos yanquis con gran estrépito de cerrojos.

CAPÍTULO IV

La tripulación del submarino atómico estaba comentando todavía el experimento que había presenciado cuando la puerta de la celda se abrió por el impulso de una recia patada.

-¡Salgan diez de ustedes a buscar el almuerzo! -gritaron los guardianes tras sus agresivas ametralladoras-. Y que salga también el comandante. Su mujer quiere hablarle.

Byrne salió. Poco después era introducido por su escolta en una pequeña habitación amueblada excavada en la roca. Allí le esperaban su mujer y su hijo.

-¡Papá, papá! -gritó el niño-. ¡Hemos venido en aeroplano! ¡Nos hemos divertido mucho!

Byrne tomó al niño en brazos. Su mirada severa se cruzó con la de su esposa. Ella dijo:

-Me ha dicho papá que rehusaste unirte a nosotros.

Y él gritó:

-¿Cómo pudiste soñar nunca que daría mi apoyo a un disparate así? ¡Me has traicionado, Myron! ¡Debiste advertirme lo que tu padre se proponía hacer!

-¡No podía evitarte este bochorno, Byrne! Tu submarino nos era indispensable para llevar adelante nuestro proyecto. ¡Tenía que escoger entre mi propio padre o tú!

-Y tú escogiste. Me parece muy disculpable que una buena hija encubra las pequeñas chifladuras de su padre -exclamó el marino con amargura. Y luego gritó-: ¡Pero no las extravagancias de un paranoico furioso que amenaza con desencadenar una catástrofe universal!

-¡Papá no está loco! -protestó ella.

-¡Oh, claro que lo está! ¡Y también lo están todos los que le secundan en ese estúpido proyecto de volver el mundo del revés! -chilló Byrne.

Y ella contestó:

-¡Yo le secundo!

-No me extraña. La demencia es una enfermedad hereditaria.

El niño, asustado por los gritos de sus padres, se echó a llorar. Myron alargó sus brazos para tomarlo de los de su marido, pero éste retrocedió un paso.

-¿No habrás pensado embarcar al niño en esta aventura, verdad? -preguntó.

La mujer bajó los brazos a lo largo del cuerpo.

-No -dijo desalentada.

Byrne la miró compasivo.

-¿Te das cuenta del daño que vais a causar, Myron? ¿Lo has pensado

bien?

Ella levantó sus azules y brillantes pupilas.

-¡No quiero discutir este asunto! -aseguró agresiva.

-Entonces no discutiremos ningún otro -contestó Byrne. Y dejando al niño en el suelo fue a abrir la puerta.

Ella le siguió con ojos nublados por las lágrimas, pero no intentó retenerle.

-Devuélvanme a mi celda -ordenó Byrne a los dos hombres armados que le esperaban afuera.

Y momentos más tarde estaba de nuevo rodeado de sus oficiales y marineros oyendo el estrépito de los cerrojos que atrancaban la puerta.

-Corta ha sido la entrevista -apuntó Sam Odlum.

-Ellos no desesperan de convencerme para que me una a su disparatado plan. Incluso parecen sorprendidos de que haya despertado tan escaso entusiasmo entre nosotros.

-Byrne -dijo Sam Odlum-. Tu suegro es un loco peligroso. No podemos permitir que se haga a la mar llevando esa máquina infernal montada en la torrecilla de nuestro submarino.

-Sí -contestó Byrne-. Creo que está en la conciencia de todos nosotros la necesidad de hacer algo que impida al profesor Kraft emprender su aventura.

-En eso estamos de acuerdo -dijo el teniente Michel, oficial de radar del submarino-. Porque si logra escapar con el *Tritón*... ¡échenle un galgo! Ni buscándolo con linterna lo vamos a encontrar luego por todos los mares del planeta.

-¡Y échenle barcos de superficie para capturarlo! -apoyó a su vez el teniente torpedista-. ¿Vieron ustedes cómo pulverizó el rayo el transporte? Me fijé muy bien. El rayo no estuvo apuntado más de un segundo contra el vapor, ¡y lo desintegró! De manera que si el *Tritón* irrumpe con ese maldito reflector en medio de una escuadra en formación de combate, ¡imaginen lo que va a pasar! A acorazado o crucero por segundo, el profesor Kraft liquida a la Flota de los Estados Unidos mientras se fuma un cigarrillo. Y se queda tan tranquilo.

-Es preciso que hagamos algo para impedirlo -murmuró el capitán Huber. Y su voz reflejaba toda la angustia que apretujaba su corazón.

-Podríamos saltar sobre los guardianes cuando vengan a traernos la comida, arrebatarles las ametralladoras y abrirnos paso a tiros hasta el submarino -propuso el oficial de máquinas.

Y Byrne contestó:

-Sea cual sea el plan que acometamos hay que madurarlo bien antes de entrar en acción. Recuerden que sólo tendremos una oportunidad, y nada más que una. Si fallamos no podremos volver a intentarlo.

La tripulación asintió con mudos cabezazos, y durante tres días se dedicaron a vigilar los movimientos y las costumbres de los guardianes cuando les conducían a los lavabos o venían a traerles la comida.

La instalación de los marinos yanquis había mejorado algo al cabo de tres días. Tenían mantas, más luz, novelas y libros traídos desde la copiosa biblioteca del *Tritón*, naipes y diversos juegos con que entretener sus ocios, y hasta un aparato de radio.

Sintonizando con las emisoras canadienses, que eran las más próximas, los marinos del *Tritón* supieron que se daba por averiado y hundido su buque. Y que los equipos de salvamento, pese al mal tiempo reinante, habían iniciado ya sus pesquisas en busca del submarino atómico.

Y mientras se lo buscaba, el *Tritón* permanecía allí, amarrado frente a la boca de la gruta. Los mecánicos del profesor Kraft trabajaban día y noche en su torrecilla instalando dos columnas de acero que, accionadas por un mecanismo hidráulico, debían levantar el proyector de rayos cósmicos a una altura de cinco metros por encima de la cubierta del quiosco.

En la mañana del cuarto día, cuando eran llevados al lavatorio, los oficiales y marineros del *Tritón* vieron al equipo del profesor que estaba probando la nueva instalación, haciendo subir y bajar el proyector.

-Bien -dijo Byrne cuando estuvieron encerrados de nuevo en la cueva-. Es evidente que los mecánicos de mi suegro han batido un record de velocidad y estarán listos para hacerse a la mar esta misma noche o mañana al amanecer. Por lo tanto, lo que tengamos que hacer habrá de ser hoy mismo, al mediodía.

-Bueno. Que sea hoy al mediodía -dijo Sam Odlum.

Y al mediodía la puerta de la celda se abrió con el consabido y ya familiar puntapié propinado bruscamente desde afuera. Los guardianes armados gritaron:

-¡Salgan a buscar su comida!

Y los diez hombres designados por Byrne se levantaron y salieron remolonamente en busca de los cachivaches que estaban junto a la parte de afuera de la puerta.

-Oigan, guardias -llamó el capitán asomándose-. Quisiera hablar con mi suegro el profesor Kraft.

-Bien, salga usted -dijeron los guardias invitándole a seguirles con una seña.

Byrne tomó su capote azul y salió echándoselo sobre los hombros. Pero el capote, en realidad, fue a caer encima de uno de los guardianes cubriéndole momentáneamente. Y al mismo tiempo, el capitán arrebataba de un tirón la ametralladora a otro de los guardias próximos.

Instantáneamente, los diez marineros que estaban fuera de la celda

arrojaron los cachivaches de la comida y se arrojaron como tigres contra sus celadores.

Los oficiales y marineros, saliendo en tropel de la celda, se arrojaron a su vez sobre los guardianes arrollándoles como un alud de rocas arrolla a cuanto se opone a su paso.

Desgraciadamente, uno de los guardias tuvo tiempo de apretar el gatillo de su ametralladora.

Y cinco o seis muchachos, así como el capitán Odlum, cayeron segados por la ráfaga.

Uno de los marineros, al caer, se agarró a las piernas de aquel hombre haciéndole tambalear. El guardián bajó el cañón de su arma y le deshizo el cráneo a balazos.

Segundos más tarde, aquel guardián y otros muchos caían bajo una lluvia de patadas y buenos puñetazos norteamericanos. El capitán Huber abrió la cabeza a un guardián de un mazazo, empuñó la ametralladora y derribó a otro de un tiro entre ceja y ceja.

-¡Abran a los demás! -gritó. Y echó a correr hacia la boca de la gruta.

Pero la alarma estaba dada. Del fondo de la caverna llegó una estruendosa descarga de ametralladoras que tendió en el suelo a otro puñado de marineros yanquis.

-¡Al buque! -gritó Byrne.

Y antes de seguir a sus hombres se entretuvo para disparar contra las figuras que se movían al fondo de la gruta. Luego giró sobre sus talones y echó a correr como un gamo en persecución de los evadidos de la primera celda, seguido a su vez de los que acababan de salir tumultuosamente de la segunda.

Todo el grupo galopó hacia la salida haciendo temblar la costra de cemento que cubría el piso.

Y las balas implacables, llegando del fondo de la caverna, seguían derribando hombres que se quedaban atrás con el miedo a la muerte reflejado en sus pupilas sin vida, o llorando de impotente rabia mientras se arrastraban sobre sus heridas en un vano esfuerzo por seguir a los camaradas que corrían hacia el buque salvador.

Los americanos alcanzaron la boca de la gruta y se desparramaron por la nieve corriendo en dirección al submarino. Pero los centinelas de éste, advertidos por el fragor de las descargas, se parapetaron en el muelle y abrieron fuego contra el tropel de uniformes azules que avanzaba en su dirección.

Una bala chocó violentamente contra el hueso de la cadera del capitán Huber, y le derribó de bruces sobre la nieve. Soltó la ametralladora, rugiendo de dolor y de rabia. Otro marinero de los que venían detrás recogió el arma y prosiguió su veloz carrera disparando contra el enemigo

apostado en el muelle y en el mismo submarino.

En este momento, los guardianes que les perseguían abandonaban la gruta, ponían rodilla en tierra y disparaban con fusiles y ametralladoras contra las espaldas de los marinos yanquis. Éstos siguieron corriendo, levantándose aquí, cayendo allá... algunos para no levantarse más.

Los hombres del profesor Kraft que estaban en el muelle y a bordo del submarino se batieron en retirada ante el formidable alud de uniformes yanquis que se les echaba encima, pese a todo. Algunos de estos hombres cayeron alcanzados por los disparos de los marineros norteamericanos, pero otros consiguieron llegar hasta las escotillas y se introdujeron por ellas como topos en sus madrigueras, echando rápidamente tras sí las pesadas trapas de acero.

Y entonces, los bravos marineros del *Tritón* saltaron sobre su querido buque. Pero no pudieron entrar en él. Las escotillas estaban cerradas.

-¡La máquina... la máquina de los rayos...! -gritó el capitán Huber arrastrándose sobre su propia sangre.

Y entonces vio consternado que la máquina no sólo estaba elevándose, sino apuntando al cielo, de manera que la parte vulnerable, la ampolla y el espejo, quedaban protegidos por la pantalla cóncava de acero.

Los marineros, no obstante, abrieron fuego contra ella. Agotaron la munición enseguida. Y entonces se encontraron a bordo de su barco, corriendo atolondradamente de un lado a otro bajo el fuego que se les hacía desde tierra, mas sin poder introducirse por las cerradas escotillas ni destruir la máquina infernal. Y... entonces se entregaron.

Una figura envuelta en grueso abrigo de pieles se dejó caer de rodillas junto al capitán Huber. Era Myron Kraft.

-¡Byrne! -gritó la joven con acento desesperado. Y al ver la sangre que teñía de púrpura la blancura de la nieve exclamó llorando:

-¡Loco... loco, más que loco!

-¡Déjame en paz! -chilló Byrne crispando los puños-. ¡Apártate de mi vista... no quiero verte!

Y hundió el rostro en la nieve para ocultar las lágrimas de rabia y desesperación que brotaban de sus ojos.

* * *

Eran las cinco de la tarde cuando el capitán despertó de los efectos de la anestesia que el teniente médico del *Tritón* le administró antes de extraerle la bala del hueso de la cadera.

La celda estaba llena de marineros heridos.

-¿Son éstos todos los supervivientes, Cooper? -preguntó Byrne.

-Aquí sólo están los heridos -dijo el doctor-. Los demás están en la celda contigua. Hemos pagado caro nuestra intentona. Once muertos y

treinta y siete heridos, dos de ellos de gravedad.

Byrne se incorporó penosamente sobre un codo.

-¿Y Odlum? -preguntó.

-Ha muerto. Y Cripps es uno de los heridos graves.

-¿Y Roswell?

-Aquí, capitán -dijo el propio Roswell incorporándose. Y mostrando el hombro vendado añadió-: Me dieron en el ala.

Byrne murmuró:

-Fue una tontería intentar esta locura.

-De acuerdo -dijo Roswell-. Pero teníamos que hacer algo, ¿no es cierto? Nos hubieran puesto verdes, al regresar a los Estados Unidos, si después de dejarnos arrebatar el barco tan lindamente nos hubiéramos cruzado de brazos sin hacer nada para evitar que ese guillado profesor Kraft se hiciera a la mar con el *Tritón* y su endiablada máquina.

La puerta se abrió poco después para dejar paso al alférez de navío Michel y a una docena de marineros de la celda contigua, los cuales traían algunos alimentos ligeros y una buena provisión de cigarrillos para sus compañeros heridos. Michel se arrodilló junto a su comandante.

-¿Cómo va eso, capitán?

-Bien. Odlum y los demás quedaron peor.

-Precisamente de ellos iba a hablarle. El profesor Kraft me preguntó si queríamos enterrar a los compañeros o llevar sus cadáveres a los Estados Unidos. Yo le dije que no los enterraran, si es que el submarino ha de marcharse enseguida. Las familias de los muchachos querrán recuperar los cadáveres, ¿no cree?

Byrne asintió, y Michel prosiguió diciendo:

-El *Tritón* se hace a la mar alrededor de la medianoche. Nos dejarán solos aquí. El profesor Kraft me ha prometido expedir un radio a nuestra Base para que vengan a recogernos.

-¿Así, zarpan a medianoche?

-Sí. Toda la tarde están haciendo preparativos.

Esto resultaba evidente a juzgar por el continuo rumor de pasos y rodar de carretillas que se escuchaban al otro lado de la puerta. Aquel rumor se interrumpió bruscamente alrededor de las diez de la noche.

A las once y media, la puerta de la celda se abrió por última vez. Y fue la última vez que se abrió porque ya no volvería a cerrarse de nuevo para los cautivos.

El profesor Kraft entró llevando a su nietecito en brazos. Le seguía su hija, la cual se había cortado el cabello muy corto y vestía chaquetón de cuero y pantalones masculinos.

-Byrne -dijo el profesor dejando al niño en el suelo-. Vamos a zarpar. Aquí tienes al muchacho. Después de lo que has intentado esta mañana

considero inútil preguntarte si has cambiado de opinión.

El capitán atrajo al muchacho y le acarició la cabeza sin pronunciar palabra.

-Es una desgracia que nuestras ideas nos hayan colocado en bandos opuestos. Te echaré mucho de menos -añadió el sabio.

Y como su yerno continuara ignorándole suspiró:

-Bien, creo que no hay nada más que hablar. Myron, despídete de tu marido.

Mistress Huber adelantó un paso hacia el hombre que yacía en la manta.

-Byrne -dijo roncamente-. ¿Recuerdas lo que te dije aquel día en el muelle de Groton?

El capitán no contestó. Siguió mirando obstinadamente al suelo.

-Yo... yo... te querré siempre. Y... y...

La joven no pudo más. Se cubrió el rostro con las manos y abandonó la celda llorando.

El niño intentó seguirla.

-¡Mamá! ¡Mamá!

Pero la mano de su padre le retuvo con fuerza. El niño se echó a llorar.

-Adiós, hijo -murmuró el profesor Kraft retirándose hacia la puerta de espaldas-. Adiós, Byrne.

Y se marchó seguido de sus hombres. La puerta quedó abierta de par en par.

Poco después se escuchaba el rugido del claxon del submarino. El eco repitió lúgubremente aquel desapacible sonido. Los marinos yanquis que podían hacerlo corrieron hasta la boca de la gruta para ver cómo las luces de situación del submarino atómico empezaban a moverse entre la niebla, se hacían borrosas y desaparecían al fin. Luego regresaron a las celdas, mustios y cabizbajos.

* * *

El primer sonido grato que los abandonados tripulantes del *Tritón* escucharon a la mañana siguiente procedía de unos motores de reacción.

Dos aviones de caza de la Armada de los Estados Unidos volaron sobre el fiordo. Los marinos les hicieran desesperadas señas. Los cazas a reacción dieron un par de vueltas por encima del fiordo sacudiendo las alas y se alejaron.

-Son aviones exploradores -aseguró Roswell-. Volverán guiando a los hidros, ya verán ustedes.

Y, en efecto. Una hora más tarde reaparecieron seguidos de tres hidroaviones Catalina que amararon en las tranquilas aguas del fiordo y se acercaron roncando a la costa donde los marineros del *Tritón* les hacían

señas con las manos.

Un contralmirante saltó de uno de los Catalina a una balsa de caucho y desembarcó con los aviadores que le acompañaban cerca de donde el capitán Byrne S. Huber yacía en una camilla.

El contralmirante miró uno por uno a los silenciosos marineros y oficiales que le saludaban.

-¿Son ustedes realmente tripulantes del submarino atómico? -preguntó con voz tonante.

-Lo fuimos, señor -repuso el alférez Michel.

Y el contralmirante gritó:

-¿Qué chanza es ésa? ¿Dónde está su buque?

-Se fue, señor.

-¿Que se fue? ¿Y a dónde? -bramó el contralmirante.

-Mire, será mejor que vea usted a nuestro comandante -murmuró el oficial. Y le acompañó hasta la camilla donde yacía el capitán Byrne S. Huber.

Y así fue cómo comenzó para el comandante del *Tritón* la etapa más bochornosa de su brillante carrera.

Aquella noche estaba tumbado en una blanca cama del Hospital Militar de Washington y contestaba pacientemente a las múltiples preguntas que le hacían los altos jefes del Departamento de Marina, los cuales se hubieran apresurado a meterle en una camisa de fuerza a no ser porque su fantástica historia coincidía punto por punto con el relato que de la misma increíble aventura hicieron por separado los demás tripulantes del *Tritón*.

La Armada adoptó una actitud cautelosa, lo que al fin y al cabo no era otra cosa que la manifestación externa del tremendo desconcierto intestino que reinaba entre sus cerebros directores.

Rodeó el Hospital de centinelas, puso guardias de vista en las mismas habitaciones de los heridos del *Tritón* y encerró al resto de la tripulación en lugar seguro, a donde no pudieran llegar los avispados muchachos de la Prensa.

La encuesta se celebró al día siguiente y a ella acudieron tantos altos jefes de la Armada como de las fuerzas Aéreas, especialistas en Física Nuclear, miembros del Parlamento, un ejército de taquígrafos ¡y hasta un equipo de alienistas!

El resultado fue un tanto extraño. Los alienistas dictaminaron que el profesor Ernest Kraft estaba rematadamente loco. Los físicos aseguraron que no podía existir un rayo de las características que los marinos del *Tritón* aseguraban haber visto. Los miembros del Congreso decidieron no conceder una importancia exagerada a las amenazas del profesor. Y los almirantes y generales de las Fuerzas Aéreas se confabularon allí mismo para dar caza al submarino atómico poniendo en la empresa todas las

fuerzas armadas del país.

Al marcharse toda aquella gente quedó sólo con Byrne un capitán de navío que había permanecido silencioso, tomando abundantes notas mientras el comandante del *Tritón* era interrogado.

-Permítame presentarme -dijo el oficial-. Mi nombre es Thurner... James Thurner, capitán auditor de la Armada. He sido delegado para actuar en su defensa durante el consejo que se le incoará por responsabilidades en la pérdida del submarino «Atom» «Ese» «Dos» de la Marina de Guerra.

Byrne asintió abrumado. Y el capitán auditor continuó:

-No tiene por qué preocuparse. Su caso aparece claro como el agua. Tan culpable de exceso de confianza es usted como la misma Armada, que designó al profesor Ernest Kraft para formar el equipo técnico del navío. Y usted tiene un importante tanto a su favor. Expuso su vida en un desesperado intento por recuperar el buque o destruir la máquina del profesor, cuanto menos.

-¿Pero no ha oído usted a esta gente? -protestó Byrne-. ¡Se niegan a creer en mi historia!

-¡Bah! Tienen que creerla, mal que les pese. Y la creen en el fondo, sólo que temen hacer el ridículo. La desintegración del transporte que ustedes vieron pudo ser un truco.

-No hubo truco alguno, se lo aseguro.

-Eso creo yo. Pero los almirantes y los miembros del Congreso no pueden correr el riesgo de que lo sea. Compréndalo usted.

-Sí, lo comprendo. Y volviendo a mis responsabilidades, ¿cuándo cree usted que se celebrará el juicio?

-Estas cosas van despacio, ya lo sabe usted.

-¿Debo considerarme detenido hasta entonces?

-Espero que le permitan salir de este Hospital en cuanto su herida se lo permita. Volveré a verle con frecuencia para preparar su defensa. Adiós -dijo el capitán auditor estrechando la mano de Byrne.

Y Byrne pudo descansar el resto del día, aunque tanto él como el resto de los heridos del *Tritón* continuaron en rigurosa cuarentena. Nadie podía visitarles sin un permiso especial. A nadie podían recibir. Les estaba prohibido efectuar llamadas telefónicas. Y ni siquiera a los muertos se les permitió regresar al seno de sus hogares para que recibieran cristiana sepultura. Oficialmente, el submarino ATOM S-2 seguía perdido, con probable avería en su primera salida de pruebas.

Byrne no pudo tranquilizar a su hermano Ted, que a estas horas debía suponerle sepultado en el férreo ataúd del submarino en el fondo del Océano Atlántico.

CAPÍTULO V

Tres días más tarde llegaba al domicilio de las Naciones Unidas, en Nueva York, el ultimátum del profesor Ernest Kraft. Una carta terrible, redactada con términos idénticos a las cartas que también iban recibiendo los jefes de gobierno de todas las naciones del mundo.

Y como el profesor advertía que estaba en posesión del submarino atómico desaparecido y de un arma cuyo tremendo poder destructor habían visto los marinos del *Tritón* con sus propios ojos, ya no fue posible ocultar por más tiempo el rapto del *ATOM S-2*.

La valla inexplicablemente levantada por la Armada en torno a la tripulación del submarino se derrumbó bajo el empuje de los corresponsales de prensa, y el capitán Huber se vio asaltado por una turba de frenéticos periodistas que le hacían cruel blanco de sus cámaras fotográficas y de sus desconcertantes preguntas.

Fueron unos días terribles para Byrne. Porque los periódicos no se contentaron con abultar su triste aventura, sino que airearon también su vida íntima haciendo mil conjeturas y suposiciones, tales como si Myron Kraft le enamoró y se casó con él por orden de su padre; si el profesor logró con sus influencias que le nombraran comandante del segundo submarino atómico, para servirse luego de él como cómplice; si el comandante estaba encartado en el rapto de su buque, pero se arrepintió luego... y cien infamias más que no sólo ponían en entredicho la capacidad de Byrne para mandar el submarino atómico, sino también su lealtad y la intención que le guió al hacer un intento desesperado para recuperar el buque.

De las cartas que escribió el profesor Ernest Kraft, las que no fueron inmediatamente arrojadas al cesto de los papeles sirvieron para levantar una apasionada controversia sobre si el sabio debía considerarse como un paladín de la paz, como un estúpido, o como un loco atacado de la manía de aniquilar barcos.

En las Naciones Unidas no se hizo el menor caso al ultimátum del profesor Kraft, entre otras cosas, porque los Estados Unidos alegaron que el *Tritón* era un buque rebelde de su Armada, y su captura asunto interior del país que las fuerzas armadas de éste resolverían a su modo. La Armada se encargaba de dar captura al *Tritón* y a los orates que lo tripulaban, así como darles también su merecido.

Pero los días pasaron, se sucedieron las semanas, llegó el día 31 de diciembre, y ni la Armada de los Estados Unidos había capturado al submarino rebelde ni las personas sensatas del estilo de las que se sentaban en los escaños de la ONU se ocupaban de tan ridículo asunto.

Solamente los periódicos retenían el interés del público en el asunto del

«submarino fantasma». Se esperaba con impaciencia la llegada del día primero de enero para ver en qué quedaba la amenaza del «profesor loco».

Y así transcurrió el día primero del año.

* * *

En la noche del 31 de diciembre, una poderosa escuadra naval surcaba las frías aguas del Atlántico luchando con la borrasca.

Integraban aquella fuerza dos macizos acorazados, cinco cruceros pesados y hasta una treintena de destructores y corbetas, los cuales actuaban como fuerzas de descubierta.

Hacia el centro de la formación avanzaban hendiendo las bravas olas tres portaaviones de escolta, razón de la fuerza y agresivo brazo del destacamento naval norteamericano.

Los buques navegaban a toda máquina y con las luces de situación apagadas, motivo por el cual estaban continuamente atareados los muchachos pendientes de las fluorescentes luces de las pantallas del radar.

En el puente de mando del portaaviones *Manila*, el oficial de guardia seguía distraídamente el trabajo de los muchachos en la sala de radar contigua, que estaba separada de la cámara de derrota propiamente dicha por un alto mamparo de cristal transparente, sobre el que el oficial de radar iba escribiendo y corrigiendo continuamente la posición de los diversos buques que integraban la Novena División Naval.

Al cabo de un instante, el oficial y el timonel de relevo entraron en la cámara de derrota para hacerse cargo de la dirección del navío.

-¡Hola, Tom! -saludó al oficial el recién llegado.

-Hola, Red -contestó el oficial de guardia. Y consultando el gran reloj eléctrico de la cámara indicó-: Te has adelantado mucho. Todavía faltan quince minutos para las doce.

-Sí -dijo Red-. He pensado que te gustaría estar abajo cuando el Almirante Hattaway levante su copa para brindar con todos por la entrada del Año Nuevo.

El oficial volvió a mirar el reloj y dijo con impaciencia:

-Esperaré un poco más. El Almirante es muy intransigente en lo tocante a la disciplina.

-Sí. Considera esta patrulla como una auténtica acción de guerra.

-Y lo es. No olvides que estamos aquí para buscar y dar la batalla al *Tritón*... si es que éste se presenta.

Los oficiales callaron durante unos minutos, la mirada absorta en los círculos de colores que los muchachos del radar iban borrando y volviendo a dibujar sobre el mamparo de cristal.

-¿Te has fijado, Tom? Llevamos todo el día navegando por la ruta mercante ¡y no hemos avistado un solo transporte o trasatlántico! Se diría

que el mundo ha muerto y que solamente nosotros quedamos en el mar.

-Como que nos han dejado solos. El profesor Kraft ha metido el resuello en el cuerpo de las compañías navieras. Y aunque las compañías de navegación se atrevieran a lanzar sus barcos a la mar, ninguna tripulación querría embarcarse en ellos. Es natural.

El otro afirmó:

-Sí, es natural. También yo preferiría encontrarme en casa en estos momentos, brindando con la familia lejos del peligro que un condenado submarino atómico saque su nariz cuando menos se lo espere uno y le fría en un segundo con sus rayos cósmicos.

-A mí me parece que se ha exagerado mucho el poder de ese *Rayo de la Muerte*.

El otro guardó pensativo silencio. Y al cabo de unos minutos añadió:

-Sea como sea, la verdad es que estamos jugando al gato y al ratón. Ese maldito submarino nos dará mucha guerra antes que podamos capturarlo. Mira; un mes llevamos buscándolo y ni rastro hemos visto de él. Como si lo hubiera tragado el mar.

-No tardaremos en saber de él, si es que el profesor Kraft se propone realmente cumplir su palabra.

-Pues que no sea esta noche ni cerca de nosotros -murmuró Tom. Y luego de consultar el reloj eléctrico añadió-: Bueno. Te entrego el mando. Voy abajo a escuchar las últimas doce campanadas de este año. ¡Feliz año nuevo, Red!

-Feliz año nuevo, Bob.

En aquellos momentos se efectuaba también el relevo en el contiguo compartimento de radar. Los especialistas de radar, fatigados por la continua y tensa observación de sus pantallas fluorescentes, se marcharon apresuradamente en busca de la luz y la alegría que reinaba en los salones del entrepuente, donde pese a la amenaza del submarino atómico reinaba el bullicio y la animación. El nuevo equipo se hizo cargo de los aparatos que eran los ojos del buque en aquel proceloso océano de tinta.

Un camarero entró en el puente de mando llevando una bandeja con dos copas de champaña.

-Presente del Almirante para que brinde usted por el nuevo año -anunció dejando la bandeja sobre la mesa.

En el reloj eléctrico eran en aquel instante las 11 y 58 minutos de la noche del 31 de diciembre. Un operador de radio se precipitó en el puente llevando en la mano un papel que mostró al oficial de derrota. La faz del marinero estaba lívida, temblaba todo él de pies a cabeza.

El capitán Red Scoth tomó el papel. Decía así:

«LA FUERZA NAVAL NORTEAMERICANA QUE NAVEGA POR LOS 43° DE LONGITUD W. 38° LATITUD NORTE DISPONE DE 15

MINUTOS A PARTIR DE LAS DOCE HORAS PARA QUE LAS TRIPULACIONES ABANDONEN LOS BUQUES. FIRMADO, EL PROFESOR ERNEST KRAFT. DADO A BORDO DEL SUBMARINO ATÓMICO «*TRITÓN*».

El capitán palideció.

-¡Corra, llévéselo al Almirante! -gritó.

Y volviéndose hacia los expectantes operadores de radar añadió:

-¡Busquen con cien mil pares de ojos, muchachos! ¡El *Tritón* merodea por estos contornos!

¡Nombre terrible aquel del *Tritón*! Los oficiales y operadores de radar se miraron unos a otros con la faz demudada, y luego se abalanzaron sobre sus aparatos escrutando ansiosamente las señales fluorescentes de las pantallas.

El oficial de derrota volvió en torno sus ojos asustados. Su mirada fue a posarse sobre las copas de champaña que estaban encima de la mesa, y su presencia allí se le antojó una burla cruel del destino. ¡A buena hora iba a brindar él por el año que empezaba con una amenaza de muerte fulminante! Y los segundos le parecieron eternos hasta que el almirante Hattaway irrumpió en el puente y gritó:

-¡Pronto, envíen este mensaje a las unidades de la División! El *Tritón* navega por las inmediaciones y emergerá parcialmente a la superficie dentro de quince minutos para atacarnos con sus rayos mortales. ¡Zafarrancho de combate para que todas las tripulaciones estén dispuestas a abrir fuego de cañón contra el enemigo! ¡Toquen alarma submarina en la flotilla de destructores y que empiecen a lanzar inmediatamente cargas de profundidad!

El oficial de transmisiones corrió al cuarto de radio. Y un minuto más tarde, allá en el proceloso mar de tinta, los destructores soltaban el alarido de sus sirenas y forzaban las máquinas empezando a describir círculos como perros pastores nerviosos al olfatear la presencia de un lobo.

Las tripulaciones corrieron sobre las resbaladizas cubiertas, y las cargas de profundidad empezaron a caer en el mar levantando gigantescas montañas de agua. Toda la fuerza avanzó en formación de combate. En el puente de mando del portaaviones *Manila*, que enarbolaba la insignia del almirante Hattaway, éste gritaba en persona:

-Envíen este radio al Cuartel General de la Flota. Recibida conminación del submarino *Tritón*, viramos para navegar a favor del viento y escapar a la persecución del enemigo. Intentaremos sostenernos así hasta que amanezca y pueda actuar la Aviación Naval basada en tierra.

El comandante del buque gritó:

-¡El submarino atómico hace más de treinta nudos, almirante! Los acorazados, los portaaviones y los cruceros podrán sostener esa velocidad,

pero la flotilla de destructores no la alcanza, se quedará rezagada.

-¿Y qué valen más? -contestó airado el almirante-. ¿Treinta destructores o dos acorazados, tres portaaviones y cinco cruceros pesados?

-¿Dará orden a las tripulaciones de los destructores para que abandonen sus barcos?

Y el almirante chilló indignado:

-¡No! ¿Cuándo se ha visto que una flota de los Estados Unidos se rinda sin lucha ante el enemigo? La flotilla de destructores nos cubrirá la retirada con cargas de profundidad.

Las tripulaciones de los destructores de escolta, ignorando el sacrificio que acababa de imponérseles, seguían arrojando cargas de profundidad, sintiendo los tímpanos doloridos a causa del continuo fragor de las explosiones, y haciendo esfuerzos para no caerse al mar a cada bandazo de sus buques lanzados a toda máquina.

A las 0,10 a.m., diez minutos después de las doce y cinco antes que expirara el plazo fatal, toda la formación había virado y corría a favor del viento levantando enormes montañas de espuma ante las proas.

En los puentes de mando cada comandante arrojaba ansiosas miradas al reloj. Las cargas de profundidad seguían golpeando el mar como mazos.

Y ni un solo segundo se interrumpía el continuo, furioso y loco martillar de las explosiones en los doloridos oídos de las tripulaciones.

Las unidades más pesadas de la División Naval, que eran precisamente las más rápidas, empezaban a sacar ventaja a los destructores. El círculo de pequeños buques se abrió para dejar paso a los grandes colosos que avanzaban con fuerza arrolladora, hundiendo y volviendo a levantar sus proas entre nubes de espuma y agua pulverizada, perdiendo a pedazos la pintura gris de sus afilados tajamares.

En el puente de mando, los oficiales permanecían erguidos y silenciosos, con los ojos clavados en la saeta del reloj. Y en las casamatas de los grandes cañones, monstruos de acero por cuyas pupilas podía deslizarse acostado un hombre, los artilleros esperaban también sumergidos en el fantasmagórico resplandor de las luces rojas que les daban la impresión de ocupar una pequeña celda del mismo infierno.

Y esperaban así mismo los sirvientes de las piezas antiaéreas ligeras, temblando de miedo y de frío bajo los cascos de acero, hundidos hasta las cejas, envueltos en la oscuridad de donde podía salir de un momento a otro el fantástico Rayo que les reduciría a polvo cósmico. Y los operadores de radar y de radio, los oficiales de la torre de dirección de tiro, y hasta los grasientos hombres de las salas de máquinas, rodeados del fragor de las válvulas, de las bielas y de los volantes que giraban destilando aceite, aguardaban con la respiración en suspenso y la saliva atascada en la nuez de sus gargantas.

Varios millares de hombres dotados de medios poderosos de destrucción temblaban presintiendo al único e invisible enemigo que, impulsado por la arrolladora fuerza de su reactor atómico, hendía las tenebrosas aguas aprestándose a atacarles con unos medios para resistir los cuales no estaban preparados.

La saeta grande de todos los relojes saltó sobre el fatídico número 3. Con la fuerza de la imaginación, los hombres de la Novena División Naval casi presentían el movimiento de las aguas que se abrían para dejar paso a una volteante antena de radar.

Y, en efecto. La pequeña antena de un localizador de radar acababa de emerger entre las olas y giraba lentamente como registrando la oscuridad de la noche.

La antena siguió subiendo, y tras ella apareció un extraño reflector en forma de casquete, de cuyo centro salía un tubo de vidrio. Y la extraña máquina giró buscando a los colosos de acero que escapaban a favor del viento y la lobreguez de la noche.

En este instante, los localizadores de radar de los buques de superficie señalaron la presencia de un objeto extraño. Y los altavoces gritaron:

-¡Atención! ¡Enemigo detectado!

Inspirados por un mismo pensamiento, los oficiales del puente del portaaviones *Manila* corrieron a asomarse a las ventanas de la cabina. Y en este instante, un rayo de un color extrañamente verde hendía la oscuridad y se clavaba como un dardo en el enorme acorazado que navegaba a estribor del *Manila*.

El coloso de acero surgió de las tinieblas envuelto en un deslumbrante y gigantesco globo de fuego, el cual convirtió la noche en día permitiendo ver el resto de la División que avanzaba lanzando negros torrentes de humo por sus chimeneas.

Los oficiales del *Manila* quedaron paralizados por el terror, agarrados a los mamparos de acoro como si una violenta corriente eléctrica les retuviera pegados al metal.

Desde allí vieron surgir del globo un infierno de llamas, producido por millares de toneladas de petróleo ardiendo, y enseguida al rayo verde que apuntaba como un dedo rígido e inexorable al crucero pesado que estaba más próximo al acorazado.

El crucero se convirtió instantáneamente en un globo de fuego, apenas el primero se había apagado, dejando una gran extensión de mar cubierta en llamas. Y también este segundo globo, al ascender sobre las olas, dejó el mar cubierto de una gruesa capa de petróleo, que ardió de una sola vez irradiando poderosa luz.

Los cañones de la flota giraban todavía para tomar puntería cuando el *Rayo de la Muerte* ensartó al segundo crucero que navegaba en el ala de

estribor y lo convirtió en otro terrorífico globo de fuego.

El rayo desapareció, y en el mismo momento abrieron fuego todos los cañones de la División Naval con ensordecedor estruendo.

-¡Perdido contacto! -gritaron los altavoces.

El almirante Hattaway, arrancándose súbitamente de su estupor gritó:

-¡Sigan disparando...! ¡Sigan disparando!

Aunque no se le ocultaba que los proyectiles de cañón no podían hacer daño al sumergible a menos que chocaran precisamente contra su casco cuando todavía llevaban suficiente impulso.

Los altavoces repitieron nerviosamente:

-¡Perdido contacto! ¡El objetivo ha desaparecido!

El almirante avanzó furioso hacia el tabique de cristal que separaba la cámara del compartimiento de radar.

-¿Dónde están esos malditos destructores? -preguntó a gritos.

-Se quedaron rezagados, almirante -hizo notar el comandante del portaaviones.

-¡Que acudan aquí enseguida! ¡Que cubran esta área con cargas de profundidad!

-Los destructores no pueden alcanzarnos, almirante -dijo la voz de un oficial a quien el miedo le había dado la necesaria audacia para señalar un error a todo un señor almirante.

-¡Viren a estribor! -chilló el jefe de la Novena División-. Hemos de volver al círculo de cobertura de nuestros destructores.

Y volviéndose hacia el comandante del *Manila* ordenó:

-¡Que despeguen los aviones!

Era una orden muy difícil de cumplir en aquellos precisos instantes. Los aviones que despegaran no podrían volver a aterrizar en medio de la oscuridad. Pero valía la pena lanzar aquellos aeroplanos en la hoguera del sacrificio si al menos uno de ellos lograba acertar con sus proyectiles cohete en el submarino atómico.

Y los altavoces gritaron:

-¡Que despeguen los aviones torpederos!

Pero los aviones estaban firmemente asegurados con cables de acero a la resbaladiza cubierta del portaviones.

-Van a tardar demasiado en despegar, almirante -hizo notar el jefe de vuelos.

Y el comandante añadió:

-El *Tritón* reaparecerá antes que el primer avión esté en el aire.

-¡Que despeguen los aviones! -insistió el almirante.

El portaaviones viraba en aquel momento. Y al hacerlo bruscamente sin disminuir su velocidad lanzó brutalmente a toda la tripulación contra el costado de estribor. La oficialidad se amontonó en el piso.

Por la cubierta del portaaviones, inclinada en un ángulo de 25 grados, los hombres se deslizaron hacia los aeroplanos agrupados a popa. El viento desplazado por la rápida marcha del navío les azotaba el rostro y hacía latiguear las perneras de sus pantalones. Los pilotos se endosaban precipitadamente los chalecos salvavidas sobre sus uniformes y, sin entretenerse en vestir sus trajes de vuelo, se lanzaban a la cubierta de vuelos en busca de sus aparatos.

El portaaviones efectuó rápidamente su maniobra para que la cubierta recuperara pronto su estabilidad y pudieran despegar los aeroplanos torpederos.

Las antenas del radar volteaban en el aire clavando sus penetrantes pupilas electrónicas en el mar circundante. Los cañones habían enmudecido convencidos de la inutilidad de sus rugidos. También la flotilla antisubmarina había dejado de lanzar cargas de profundidad.

El primer torpedero estaba libre de sus amarras y el piloto saltaba a la cabina cuando se escuchó el bramido de los altavoces.

-¡Atención! ¡Contacto con el objetivo!

Y en el mismo instante surgió del horizonte el *Rayo de la Muerte*, el cual fue a clavarse en el acorazado que estaba virando detrás de los portaaviones y lo envolvió en un halo de luz que se transformó en un resplandeciente globo de fuego, y éste en un mar de llamas.

Los hombres que corrían sobre las cubiertas de los portaaviones quedaron clavados al piso por el terror. Y en los dos segundos siguientes, mientras se preguntaban espantados si no sería su buque la inmediata víctima del dardo mortal, éste saltó ágilmente en el espacio, cayó sobre uno de los cruceros y lo convirtió en otra bola de fuego.

En el puente de la nave almirante, el jefe de la Novena División Naval quedó inmóvil en el acto de restañar la sangre que le manaba de un chichón en la frente. Con la misma velocidad que el *Rayo de la Muerte* abandonaba el crucero y apuntaba a otro, el almirante Hattaway comprendió que acababa de cometer el segundo tremendo error de aquella noche.

Toda la División estaba virando ahora y en aquella posición se retrasaba la maniobra de apuntar los cañones. Los cañones, ciertamente, no iban a tener ocasión de volver a disparar aquella noche. Dos acorazados y cuatro cruceros habían sido aniquilados ya, el *Rayo de la Muerte* abandonaba ahora a su sexta víctima y caía...

Cayó sobre el mismo portaaviones del almirante jefe de la flota.

El almirante Hattaway ya no pudo hilvanar un solo pensamiento más. Una llamarada intensa le envolvió juntamente con los tres mil hombres de la dotación del buque. Y el portaaviones *Manila* pasó a ser la séptima bola de fuego que en el espacio de unos minutos iluminaba con sus tétricos resplandores muchas millas cuadradas del proceloso mar.

El almirante no pudo asistir al aniquilamiento del último crucero de su División Naval. Y se ahorró el bochorno de presenciar el patético cuadro que ofrecían las tripulaciones de los otros dos portaaviones abandonando precipitadamente sus puestos y lanzando gemidos y sollozos de terror mientras corrían hacia las bordas y se arrojaban de cabeza al mar.

El pánico, cundiendo lo mismo entre marineros que entre los oficiales, los convirtió en seres sin sentido ni control que, en regresión a su pura condición de bestias, actuaban dejándose llevar de su instinto de conservación, el cual les señalaba el mar como único medio de posible y probable salvación.

A partir de este instante, la Novena División Naval estuvo completamente a merced del *Tritón* y su mortal rayo desintegrador. Uno tras otro, primero los portaaviones y luego los destructores, todos los barcos fueron desapareciendo sin dejar más rastro que enormes lagos de petróleo en llamas y millares de hombres que braceaban y morían achicharrados en aquel retazo del infierno.

CAPÍTULO VI

A la misma hora en que el *Tritón* aniquilaba a la 9ª División Naval, el capitán Byrne H. Huber se encontraba solo con su hijo en la casa de su hermano Ted en Norfolk.

Convaleciente de su herida y a la espera del proceso que se iba a incoar contra él, exigiéndole responsabilidad por la pérdida del submarino *ATOM S-2*, había acabado por acceder a las súplicas de su hermano y su bella cuñada Rudy, la cual cuidaba del pequeño Ernest desde que la tripulación del submarino *Tritón* regresó a los Estados Unidos.

Byrne guardaba por esta atención hondo agradecimiento a su cuñada y a su hermano, que para no apartarse de la tradición marinera de la familia era teniente de navío de la Aviación Naval.

Realmente, Byrne se hubiera sentido terriblemente deprimido en su casa de Nueva York, a donde temía volver por no enfrentarse con la multitud de recuerdos que allí le aguardaban.

Distraído en sus pensamientos, el capitán Huber había pasado insensiblemente del viejo al nuevo año mientras contemplaba las danzantes llamas del lar, hundido en el sillón más cómodo de la casa. El niño dormía.

A las 0,20, el timbre del teléfono repiqueteó. Byrne se incorporó mirando el reloj y fue cojeando hasta el aparato.

-¿El teniente Teodoro S. Huber? -preguntó una voz varonil por el auricular.

-Ésta es su casa, pero el señor Huber no se encuentra en ella. ¿Quién llama?

-Aquí es el Cuartel General de la Flota del Atlántico, en Norfolk. Se requiere con urgencia la presencia del teniente Huber en esta Base. Usted sabrá seguramente dónde podrá encontrársele.

-Salió con su esposa a celebrar la despedida del año viejo y no tengo idea de dónde pueda encontrarse. En un club nocturno, con toda seguridad, pero no sé en cuál. Soy forastero en Norfolk.

-Bien. Procuraremos encontrarle. De todas formas tenga la bondad de decirle que llame a esta Base si regresa a casa antes de que diéramos con él. Muchas gracias. -Y colgaron.

Alrededor de la una, Rudy y Teodoro Huber entraron en la casa. Hacían muy buena pareja; alto, delgado y rubio él. De regular estatura, esbelta, morena y bellísima ella.

Byrne le dio el recado y Ted se apresuró a llamar a la Base.

-¿Cómo? -chilló después de estar escuchando unos momentos. Y luego, añadió-: Sí... sí. Está bien, Harry. Estaré ahí en el tiempo que me cueste cambiarme de ropa. -Y colgó.

Su rostro estaba demudado, y sus ojos, grises como los de su hermano,

tenían una expresión de profundo estupor.

-¿Ocurre algo, Ted? -preguntó Byrne.

-¡Cielo santo! -exclamó el piloto corriendo a servirse un buen vaso de whisky-. La Novena División Naval lanzó una llamada de socorro minutos después de las doce, diciendo que había recibido una conminación de rendición incondicional del profesor Ernest Kraft. ¡Y no ha vuelto a saberse de esos barcos!

Byrne palideció a su vez.

-Así... ¡lo hizo! -exclamó roncamente. Y como su hermano le contemplara sin comprender añadió con abatimiento-: Tenía la esperanza de que mi suegro cediera al comprobar la terca decisión de las naciones oponiéndose a sus condiciones. Creí... ¡creí que no se atrevería a lanzar sus rayos mortales contra varios buques llenos de inocentes marineros!

-Se ve que no lo conocías bien -apuntó Ted con reserva.

-Por eso, porque le conozco, no puedo creer que haya aniquilado a toda una flota con sus millares de tripulantes.

-Pues parece que lo hizo. Más de cuarenta barcos, entre ellos dos acorazados y tres portaaviones, no pueden haberse quedado mudos después de lanzar su primer radio. En la Base se teme que les haya ocurrido algo. Y lo único que puede haberles ocurrido es que ese maldito suegro tuyo los haya convertido en fosfatina.

Ted hizo una pausa para apurar el contenido de su vaso y agregó:

-Todos los aviones y dirigibles de la Base han salido hacia el lugar del suceso para averiguar lo ocurrido y recoger a los náufragos... si es que los hay. Tengo que presentarme en mi unidad ahora mismo. Voy a vestirme.

Ted partió como una exhalación hacia su cuarto y Byrne se retiró al suyo. Poco después, tumbado boca arriba en su lecho, escuchaba el chasquido de un beso y la voz de Rudy que murmuraba:

-¡Mucho cuidado, Ted!

Como si estuviera en la mano del aviador escapar a los terribles efectos del *Rayo de la Muerte*, si el submarino se cruzaba en la ruta de su aeroplano.

Aquella noche la pasó Byrne en claro, torturado por la certeza de que su esposa, la mujer que él amaba y llevaba su apellido, la madre de su hijo, era ya una asesina convicta cuyo nombre denigraría la Humanidad durante muchísimas generaciones...

Otra persona que tampoco dormía en la casa era Rudy, a juzgar por el rumor de puertas que Byrne no dejó de oír hasta el amanecer. A esta hora se levantó, se echó el batín sobre los hombros y salió hacia la cocina en busca de una taza de café. Allí se encontró con su cuñada quien, envuelta en un batín, esperaba nerviosamente junto al mudo y encendido receptor de radio.

-¿Por qué no procuras dormir un poco? -refunfuñó Byrne sacando la cafetera que hervía en el hornillo.

-Voy a ver si la radio dice algo de lo ocurrido en su boletín matinal.

-¿No llamó Ted? -preguntó Byrne, aunque sabía que su hermano no había llamado.

-No. Yo he llamado varias veces a la Base, pero allí aseguran no saber nada. Ted despegó a las tres, después que volvieron los primeros aeroplanos que habían salido en auxilio de la Flota. Todavía no ha regresado.

Byrne consultó el reloj. Faltaban pocos minutos para las ocho. Si los primeros aviones que despegaron a las doce y media habían regresado a las tres, la segunda oleada en la que iba Ted debía haber vuelto ya.

-Yo llamaré ahora -dijo esforzándose por ocultar su inquietud-. Verás como a mí me hacen más caso.

Y abandonando la cocina fue al saloncillo donde estaba el aparato. Llamó al Cuartel General de la Flota del Atlántico.

-Oiga -dijo al hombre que se puso al aparato-. Soy el capitán de fragata Byrne S. Huber. ¿Sabe usted si el señor Huber ha regresado?

-¿Es usted el hermano del teniente Huber? -preguntaron-. Espere un momento. Voy a ponerle en comunicación con el contralmirante jefe de la Fuerza de Operaciones número 11.

Byrne sabía que la Fuerza de Operaciones N.° 11 era la Unidad antisubmarina a que pertenecía su hermano. Y el hecho de que el contralmirante jefe quisiera hablarle le llenó el corazón de terror. Algo grave ocurría. Algo muy grave le había ocurrido a Ted...

-Hallo, Huber -carraspeó una voz muy dura, y que sin embargo, hablaba con marcada dulzura-. Aquí, el contralmirante Kindelan, de las Fuerzas Antisubmarinas.

-Contralmirante -murmuró Byrne con voz ronca-. Por favor, ¿le ha ocurrido algo a mi hermano?

-Mire, Huber. Prepárese a recibir una mala noticia -balbuceó la voz que estaba al extremo opuesto de la línea. Byrne sintió una súbita flojedad en las rodillas.

Tuvo que apoyarse fuertemente en la mesilla. El contralmirante prosiguió:

-Había ordenado que no se dijera nada a su cuñada de usted. No quería que recibiera una noticia tan terrible por teléfono... y una larga espera le habría ido preparando para lo peor.

-Entonces... ¡Ted ha muerto! -exclamó débilmente Byrne.

Y el contralmirante prosiguió:

-Las cosas ocurrieron así: Los primeros aeroplanos que llegaron al lugar del desastre arrojaron luces de bengala, botes y chalecos salvavidas a

los centenares de náufragos que braceaban en el mar. Se disponían a regresar a la Base para volver a rescatar a los náufragos al amanecer cuando súbitamente fueron atacados por el *Rayo de la Muerte*. Una docena de aviones fueron desintegrados en el aire en un abrir y cerrar de ojos. Los aviones iban provistos de bombas y proyectiles cohete, tenían orden de atacar y atacaron pese a todo. El submarino se sumergió. Parte de la fuerza se quedó allí siguiendo su rastro, y el resto regresó a la Base. Ted Huber salió en la segunda oleada cruzándose en el camino con la sección que había quedado de vigilancia. El submarino debía estar asomado a la superficie al retirarse aquellos aviones, y atacó a la segunda oleada con su rayo mortal. Ocho aeroplanos se desintegraron en el aire antes que los demás picaran sobre el enemigo. Uno de los que cayeron fue el de su hermano.

-Gracias, señor -murmuró Byrne con un nudo de lágrimas en la garganta.

-Créame que todos sentimos mucho la muerte de su hermano. Era un excelente muchacho... y lo eran también los que cayeron víctimas de ese horrible *Rayo de la Muerte*.

-Al menos... ¿lograron hundir al submarino? -preguntó Byrne.

-No, por desgracia. Volvió a sumergirse. Ahora estamos procurando localizarle. No es empresa fácil, ya lo sabe usted. Ese submarino es condenadamente rápido y además produce muy poco ruido bajo el agua.

-Sí, sí... lo sé -murmuró Byrne deseando terminar la conferencia cuanto antes.

-Si usted quiere darle la noticia a su cuñada... me evitará un trago muy amargo. Personalmente, tenía en gran estima a Ted. El padre de ustedes fue compañero mío...

-Sí... sí. Muchas gracias por todo, señor -balbuceó Byrne con el cuerpo bañado en sudor frío.

Pero el maldito contralmirante parecía ganoso de charla.

-Una cosa, Huber -dijo todavía-. Cuando se aclare ese desagradable asunto del rapto del *Tritón* y quede usted limpio de toda responsabilidad, me gustará tenerle en la Fuerza de Operaciones Número Once. Usted, como comandante del submarino que buscamos, nos sería muy útil aquí. Ya sabe que muchos de los oficiales de la Fuerza Antisubmarina han sido antes comandantes de submarino...

-Con mucho gusto iré a ayudarles si se me permite hacerlo.

-¡Oh, yo me encargo de ello! -exclamó el contralmirante. Y luego añadió-. Bueno, Huber. Lamento lo de su hermano... ¡crea usted que lo lamento!

-Gracias, señor. Muchas gracias -murmuró Byrne. Y colgó.

Y quedó allí con la mano sobre el teléfono, mirando sin ver ante sí, con

los ojos arrasados en lágrimas. Le parecía mentira que su hermano no tuviera que regresar nunca a esta casa donde todo traspiraba a su dinámica personalidad. ¡Y era el *Tritón*, su propio buque, que lo había aniquilado!

Y en el *Tritón* estaba la mano criminal que lo redujo a polvo cósmico... ¡su propia esposa!

-¡Necios... locos... estúpidos! -murmuró sintiendo que la cólera ponía torrentes de fuego en sus venas.

La voz de su cuñada Rudy le arrancó bruscamente de sus terribles pensamientos.

-Byrne, ¿qué ocurre? Estás pálido. ¡Byrne!

El marino levantó los ojos y clavó en el bello rostro una mirada turbia.

-He llamado a la Base, Rudy -murmuró roncamente.

Y calló dejando que ella adivinara el resto.

-¿Ted? -preguntó ella. Y luego gritó-. ¡No... no es posible! ¡Byrne... dime que no es cierto!

Ella se le acercó, le asió de un brazo y lo sacudió con fuerza.

-¿Dónde está Ted? -chilló histéricamente-. ¿Qué le ha ocurrido?

-Ha desaparecido.

La joven le miró anhelante. Byrne vio en el fondo de aquellas pupilas una esperanza y negó con la cabeza.

-No, Rudy. No cayó al mar, sino que se esfumó en el aire. Ni siquiera debió darse cuenta. El *Rayo de la Muerte* del profesor Kraft le desintegró juntamente con su aeroplano.

Mistress Huber profirió un grito ronco. Y Byrne tuvo que cogerla rápidamente entre sus brazos para que no cayera al suelo sin sentido.

* * *

El mundo despertó a la realidad. La duda, al fin y al cabo, era una forma de esperanza. Pero después del desastre naval sufrido por la Armada de los Estados Unidos ya no cabían dudas sobre la existencia de un rayo mortal y la firme decisión de su inventor de utilizarlo para la consecución del fin que se propuso.

La opinión pública se dividió en dos bandos irreconciliables; uno abogando por la causa del profesor Kraft, el otro repudiando su sistema. Y una multitud de filósofos, pacifistas, belicistas e historiadores echaron su cuarto a espadas vociferando desde las columnas de los periódicos y los aparatos de radio. Las pasiones, las ambiciones y los antagonismos brillaban en aquel maremagno de discursos y escritos. Y las Naciones Unidas, que hasta entonces se habían limitado a acusar recibo del ultimátum del profesor Kraft en una sesión donde se prodigaron los chistes y cuchufletas a costa del sabio loco, hubo de hacer cara a la situación creada por la presencia del *Tritón* en los mares y considerar bajo otro

aspecto la propuesta de desarme universal.

Las naciones pequeñas, sin Armada y con un ejército pequeño, eran partidarias de que las grandes potencias concentraran sus grandes flotas en algún punto del Océano y las abandonaran allí a merced de los rayos desintegradores del profesor Ernest Kraft.

La Unión Soviética fascinó al mundo entero uniéndose con entusiasmo a la propuesta: «Sí, debían concentrarse todas las flotas navales para que el rayo cósmico las aniquilara».

-Muy bien -contestaron los Estados Unidos-. Pero no es preciso que comencemos por las flotas. Primero arrojaremos al mar nuestros aviones, nuestros tanques y toda la artillería. Celebraremos la fiesta con un castillo de fuegos artificiales a base de las bombas atómicas que tenemos en almacén, y luego reuniremos nuestros barcos de guerra para que el profesor Kraft los aniquile con su *Rayo de la Muerte*. ¿Estamos de acuerdo?

Y la Unión Soviética chilló:

-Vean y admiren la tortuosidad de la política yanqui. Ésa no es forma de querer llegar a un acuerdo. Ellos no quieren paz ni desarme. Nos tienden una celada para que nos despojemos de la fuerza que se opone a sus aspiraciones imperialistas. Cuando no quedaran más que las flotas navales, jugarían su última baza lanzando sus escuadras contra el submarino fantasma, le pillarían desprevenido y lo destruirían. Y entonces nos quedaríamos desarmados y a merced de los cañones de sus buques de guerra.

Y los Estados Unidos protestaban:

-¡Hipócritas! Tienen ustedes una flota naval tan fuerte o más que la nuestra, sobre todo en submarinos. Lo que la Unión Soviética quiere es que entreguemos la Flota, porque sólo la Flota puede acudir en auxilio de Europa. Pero si nos dejáramos coger en la trampa, la URSS podría reírse de los rayos del profesor Kraft, porque éstos van instalados a bordo de un submarino, y el *Tritón* no puede abandonar el mar. Pero el Ejército Rojo sí podría invadir Europa, Asia, e incluso África, sin necesidad de mojarse los pies. Si ha de haber desarme empezaremos por los aviones de bombardeo, los cañones y ametralladoras, los tanques y las bombas atómicas.

-¡No! -gritaron los soviéticos-. Empezaremos por las flotas navales.

-¡Ni que lo piensen! -exclamaron los Estados Unidos.

Y en este plan seguían las discusiones sin que se vislumbrara ni siquiera remotamente la posibilidad de llegar a un acuerdo.

Sin embargo, la presencia del *Tritón* en aguas del Océano Atlántico planteaba un problema grave especialmente para las naciones del bloque occidental. Todo el intercambio comercial entre Europa y América había quedado paralizado, lo cual significaba un desastre para la economía de muchos países y la bancarrota total para las compañías de navegación,

cuyos vapores permanecían inactivos en los puertos.

Después de aniquilar a la Novena División Naval Norteamericana, el *Tritón* se había esfumado sin que nadie tuviera idea de cuál fuera su paradero.

Y esto precisamente era lo malo. Porque no sabiendo dónde estaría, y pudiendo estar en cualquier parte, no había buque que osara hacerse a la mar.

En la nerviosa tregua que siguió al descalabro naval de la Armada norteamericana se celebró la vista de la causa contra los tripulantes del submarino *Tritón*.

Después de recibir la terrible noticia de la muerte de su marido, la viuda de Ted S. Huber, abandonó su casa de Norfolk para ir a reunirse con sus padres en una granja del estado de Virginia. Byrne abandonó también la casa de su hermano y regresó a Washington, donde se alojó en un hotel del extrarradio con nombre supuesto para que los periodistas no le molestaran. Y allí permaneció con su hijo hasta la segunda quincena de enero, en que fue llamado a comparecer ante el Tribunal de Guerra.

El capitán auditor que defendió a Byrne logró fácilmente para éste una absolución completa. Y el capitán Byrne S. Huber, oficialmente rehabilitado, quedó en estado de «disponible» para reintegrarse al servicio activo.

Dos días más tarde era destinado a la 11 Fuerza de Operaciones.

* * *

Cuando Byrne llegó a Norfolk, la Fuerza de Operaciones N° 11 se preparaba para hacerse a la mar.

-Ha llegado usted en el momento oportuno, Huber -le dijo el contralmirante Kindelan-. Salimos de cacería esta misma noche.

-¿Quiere decir que el *Tritón* ha dado señales de vida y saben dónde encontrarle?

-¡No, voto al diablo! Pero no tardará en dejarse ver. Vamos a formar parte de las fuerzas de escolta de un importante convoy que está reuniéndose ahora. Esperamos que ese maldito submarino acuda al olfato de tan valioso cebo. Y entonces le daremos su merecido.

-¿No será una invitación a que el profesor Kraft se apunte otro centenar o más de víctimas?

-Sea lo que sea no podemos seguir como hasta ahora. La Marina mercante tiene que navegar, y nuestro país tiene que exportar o sobrevendrá el colapso económico. Es muy arriesgado colocarse delante del *Rayo de la Muerte*, de acuerdo. Pero piense que de todos modos, seguir encerrados en nuestros puertos esperando que el *Tritón* venga a buscarnos no conduce a nada práctico.

-Creí que la Armada se había pronunciado por la táctica de refugiarse en sus Bases, esperando que el *Tritón* se exasperara y viniera a buscarnos en nuestras madrigueras para darle la batalla con la Aviación Naval basada en tierra firme.

-Bueno, eso fue lo que se pensó al principio. Pero no podemos resistir el bloqueo por más tiempo. Su maldito suegro de usted puede esperar tranquilamente a que nos quedemos sin petróleo, que las fábricas cierren por no poder echar fuera los productos, que las mercancías se pudran amontonadas en los muelles y hasta que los barcos se enmohezcan en los puertos. Él puede esperar todo el tiempo que sea necesario hasta obligarnos a salir a la mar libre. Y si esto tiene que ocurrir de todos modos, mejor que empecemos ahora mismo.

-¿Empezar a qué? -preguntó Byrne-. ¿A correr el riesgo convoyando los transportes, o a buscarle y darle muerte, cueste lo que cueste y caiga quien caiga?

-A ambas cosas. Nuestra estrategia puede condensarse en estos términos: tenemos que ofrecer al *Tritón* la oportunidad de que nos ataque para poderle atacar a nuestra vez. Ese profesor Kraft es muy astuto. No se dejará coger viniendo a freír nuestros barcos de guerra en nuestras propias bases. Por lo tanto, hemos de salir a la mar y darle la oportunidad que desea.

-Temo que vaya a costarnos caro, contralmirante. Vea lo que le ocurrió a la Novena División Naval, y eso que fue prevenida del ataque.

-Bueno, bueno -murmuró el contralmirante-. No hay que exagerar el poder del profesor Kraft. Empezamos despreciándolo y hemos acabado rodeándole de una aureola de irresistible fuerza. Dejemos las cosas en un término medio. La Novena División pudo derrotar al *Tritón* si su almirante no hubiera incurrido en una serie de errores propios de la inexperiencia.

-¿Cree que tenemos más experiencia ahora?

-Ahora sabemos muchas cosas que antes ignorábamos. Por ejemplo, el *Rayo de la Muerte* se proyecta en línea recta, y su alcance queda limitado por tanto a su horizonte visible. El *Rayo de la Muerte* no puede curvarse para alcanzar lo que está detrás de la línea del horizonte. Pero los proyectiles de nuestros cañones sí. Desde veinte millas de distancia, cuando el *Tritón* no fuera visible ni siquiera desde la cofa de nuestros buques, la artillería de nuestros acorazados, dirigida por radar, le harían pedazos.

-¿Lo cree usted? -desafió Byrne-. Tenga en cuenta que tampoco las ondas del radar se curvan, o se curvan muy poco. De manera que el avistamiento entre el *Tritón* y nuestros barcos sería casi simultáneo. Y oiga una cosa. He estudiado física nuclear y tengo una sospecha. Si el rayo del profesor Kraft cae sobre la cofa de un acorazado no se limitará a desintegrar la torre solamente. Creo que ese rayo pone en movimiento los

átomos de los metales que toca, y éstos reaccionan en cadena transmitiéndose el movimiento desintegrador a toda la masa metálica como si se tratase de una corriente eléctrica.

-No sé una palabra de física nuclear -aseguró Kindelan.

-Pero esto sí lo entenderá usted. El radar que ha de detectar al *Tritón* va instalado en lo alto de las cofas de nuestros buques. La detección entre nuestros buques y el submarino será simultánea. Como las ondas del radar se curvan un poco, nuestros cañones podrán batir al submarino antes de que éste nos tenga al alcance de su rayo, que no se curva nada. Pero eso será una ventaja muy pequeña. En tan pronto el rayo toque el extremo de los mástiles de nuestros buques, éstos quedarán convertidos en una bola de fuego.

El contralmirante se sobresaltó y dijo:

-Si eso fuera cierto... ¡el *Tritón* sería realmente invencible!

-El *Tritón* no es invencible -aseguró Byrne-. Hay una forma de combatirle, y es utilizando contra él un buque similar a él; es decir, otro submarino.

-Un submarino cazasubmarinos, ¿eh? Mire, ya se ha ensayado esa táctica, pero los resultados no fueron muy satisfactorios. A igual equipo de detección, un submarino tiene las mismas probabilidades de cazar a otro que de ser cazado a su vez. Además, ningún submarino del mundo puede competir en velocidad con *Tritón*.

-Es cierto. Ninguno, excepto el otro submarino atómico que existe en el mundo; el *Nautilus*.

-¡Ah, el *Nautilus*! -exclamó el contralmirante.

Y se quedó mirando fijamente a un punto incierto del espacio.

-¿Por qué no pide al Estado Mayor que nos lo ceda para acompañar a nuestra Fuerza de Operaciones? -dijo Byrne-. Sólo así merecería la pena arriesgar tantos buques en una salida audaz. Apenas el *Tritón* asomara en lontananza disparando sus rayos mortales, el *Nautilus* se sumergiría y saldría a su encuentro.

-El *Tritón* lo descubriría con el «sonar» y se daría a la fuga. No lleva torpedos a bordo, al menos que sepamos.

-No. No los lleva y ésa fue la única falta que cometió mi suegro al apoderarse del submarino. Aunque temible en la superficie, lo que es contrario a la tradición de un submarino, el *Tritón* está indefenso bajo el agua frente a otro buque que tenga su misma capacidad de sumergirse y pueda desarrollar por lo menos tanta velocidad como él.

El contralmirante Kindelan quedó un momento pensativo.

-La idea es interesante -dijo al fin-. Llamaré por teléfono a Washington. Lo malo es que ya no queda tiempo para nada, a menos que se retrasara la salida del convoy.

Byrne abandonó el despacho del contralmirante para ir a almorzar. Mientras estaba en el restaurante la radio informó que el *Tritón* había reaparecido aquella mañana ante el estuario del Támesis, en Europa, y había aniquilado a un convoy de barcos ingleses. En total, fueron desintegrados 13 buques de guerra, 36 transportes y medio centenar de aeroplanos que daban cobertura aérea al convoy.

El *Tritón* utilizó la misma táctica que en el aniquilamiento de la 9ª División norteamericana. Salió bruscamente a la superficie, desintegró a los aeroplanos, desapareció, volvió a reaparecer poco más tarde y aniquiló a los buques de guerra. Luego, se las entendió con los desamparados mercantes y se esfumó antes que llegaran los aviones con base en tierra firme.

Byrne regresó apresuradamente al puerto. Fue inmediatamente recibido por el contralmirante Kindelan, quien estaba recogiendo unos papeles y metiéndolos apresuradamente en una cartera.

-¿Sabe ya el descalabro de la «Home Fleet»? -preguntó a Byrne.

-Acabo de enterarme por la radio.

-Yo recibí la noticia cuando llamé a Washington, poco después de salir usted. Vamos a zarpar enseguida aprovechando que el *Tritón* está en el noroeste de Europa para ganar el estrecho de Gibraltar y buscar refugio en el Mediterráneo. Parece que va a haber una estampía de mercantes, sobre todo de Europa hacia América.

-¿Y del *Nautilus*, qué hay?

-Vamos a llevarlo en la Fuerza de Operaciones. El Estado Mayor teme que el profesor Kraft haya atacado en el noroeste de Europa con la diabólica intención de animar a la marina mercante a cruzar el Atlántico. Si lo que tememos resulta cierto habrá una hecatombe tremenda de barcos. El *Tritón* correrá hacia la zona de las Azores y sorprenderá allí a las dos corrientes de vapores que estarán navegando hacia América o llegando de América. Y se divertirá de lo lindo achicharrando mercantes.

-Si lo creen así, ¿por qué no prohíben la navegación a través de esa zona del Atlántico?

-Nosotros no queremos aconsejar, pero los navieros son los dueños de sus barcos y hacen con ellos lo que quieren. La verdad es que las compañías de navegación de este hemisferio están perdiendo mucho dinero. Es natural que ahora quieran resarcirse de tantas pérdidas aprovechando que el *Tritón* está lejos y se ofrecen buenas primas a quienes atraviesan el Atlántico.

Poco después de tener lugar esta conversación, el contralmirante y Byrne embarcaron en el portaaviones de escolta *Mindoro*, que juntamente con el de iguales características, el *Sicily*, formaban la fuerza aeronaval de la 11 Fuerza de Operaciones.

Daban escolta a los portaviones una flotilla de modernos destructores cazasubmarinos de la clase *Summer*, equipados con instalaciones de detección supersónicas (sonar) de último modelo.

La nota pintoresca de la Fuerza corría a cargo de una escuadrilla de cuatro dirigibles, que después de manifestarse como los peores enemigos de los submarinos habían sido agregados a la fuerza antisubmarina con notorio éxito.

La Fuerza de Operaciones Número 11 se hizo a la mar al atardecer. Una orden de última hora le había liberado de la obligación de dar escolta al convoy que había estado formándose durante cuatro o cinco días, pero que al tener noticias de que el submarino pirata merodeaba por el noroeste de Europa se dispersó en un abrir y cerrar de ojos, lanzándose todos los vapores en furiosa carrera hacia el estrecho de Gibraltar.

Según las nuevas instrucciones, la Fuerza de Operaciones debía cruzar el Atlántico forzando las máquinas para alcanzar las aguas inmediatas a las Azores antes que el *Tritón* hiciera acto de presencia allí.

CAPÍTULO VII

A bordo del *Mindoro*, Byrne conoció a muchos de los pilotos aeronavales que habían sido amigos y compañeros de su hermano Ted. Aquellos muchachos, después de haber visto desintegrarse los aeroplanos de sus camaradas en el aire bajo la caricia mortal del rayo cósmico, estaban ansiosos de revancha. Y nada deseaban tanto como tener la suerte de detectar al *Tritón* con sus aparatos y la oportunidad de soltarle unas cuantas bombas, proyectiles cohete o torpedos.

La Fuerza de Operaciones navegó a toda máquina a través del Atlántico llevando a remolque los panzudos y grotescos dirigibles que cabeceaban sobre los destructores tirando de sus amarras. Alcanzó y dejó atrás gran número de barcos que seguían su misma ruta y llegó a aguas de las Azores a primeros de marzo.

Hacía tres meses justos que el submarino atómico *Tritón* estaba en poder del profesor Kraft y su cuadrilla de sabios alucinados por la idea de implantar la paz universal.

A estas mismas horas el sabio profesor Kraft debía sentirse muy exasperado a causa de la estupidez de un mundo que se negaba a entrar en razón. En las Naciones Unidas seguían sus discusiones, lo que al fin y al cabo no se había dejado de hacer en aquella organización desde que fue fundada. Pero las esperanzas de llegar a un acuerdo entre ellas eran quizá más remotas ahora que nunca.

La 11 Fuerza de Operaciones no era la única fuerza antisubmarina destacada en aquella zona. Otras unidades especializadas en el mismo fin se hallaban concentradas en la posible y probable ruta del submarino pirata, todas con sus pequeños y grises portaviones de escolta, sus rápidos y esbeltos destructores y sus gordos dirigibles cabeceando sobre la formación mientras tiraban de sus amarras. Y allí fue a reunírseles también el *Nautilus*, primer submarino atómico que había surcado los mares del planeta. Pero Byrne no lo vio hasta dos días más tarde.

Instado por el capitán MacCall, jefe de la escuadrilla de dirigibles, Byrne S. Huber se decidió a volar en uno de los «gordos» -como familiarmente llamaban a los dirigibles en la fuerza antisubmarina- para vivir en su misma salsa la árida tarea de los hombres cazadores de submarinos.

Eran las 8 de la mañana. El teletipo acababa de recibir la información meteorológica del último minuto, y las palabras aparecían proyectadas sobre una pantalla en la cámara de guardia del portaaviones:

«Dirección del viento, Sur. Velocidad, 16. Nubes, altas. Visibilidad, 8»

-Tenemos un buen día -dijo el capitán MacCall.

Los altavoces gritaron:

-Vuelo, *King Diecinueve*. ¡Vuelo, *King Diecinueve*! ¡Ocupen su aeronave!

-Andando -dijo MacCall. Y salieron a la cubierta.

El dirigible, con sus 75 metros de longitud, hinchado con medio millón de pies cúbicos de helio, descansaba con la única rueda de su tren de aterrizaje sobre la cubierta de vuelo del *Mindoro*, sujeto por la nariz a una torre metálica desplazable.

Byrne se puso su chaleco salvavidas con sus paquetes de emergencia, tomó un paracaídas y se introdujo en la cabina adosada al vientre del *King 19*. Allí estaban ya los 9 hombres de los 10 que componían la tripulación.

En la cubierta de vuelos del *Sicily*, otro dirigible se disponía a despegar también saltando como una pelota de goma. El capitán MacCall entró en la cabina de control y fue a ocupar su puesto ante los mandos.

Roncaron los motores Diesel de la aeronave. El capitán hizo una seña, y el *King 19*, soltado de su amarra, dio un brusco salto hacia arriba. El viento de 30 nudos que desplazaba el portaaviones en su marcha cogió al dirigible y lo lanzó hacia atrás. La cubierta del buque se deslizó por delante del aparato, y éste quedó flotando suavemente en el aire.

El mando del dirigible lo llevaban dos hombres. El capitán dirigía únicamente los elevadores y el copiloto los timones. Los movimientos de ambos estaban tan perfectamente coordinados que se navegaba con toda suavidad.

Mientras se dirigían a la zona que debían explorar, Byrne se entretuvo en observar los preparativos del resto de la tripulación.

La cabina de control estaba atestada de cajas negras. Radar y sonar, por supuesto. Y también un aparato especial conocido con el nombre de «Magnetic Airbone Detection», y más familiarmente por *Mad*.

El *Mad* era un aparato muy curioso y tenía una historia particular. Su objetivo esencial fue registrar las variaciones del campo magnético terrestre, pero durante la última guerra mundial halló su mejor aplicación en la caza de submarinos. La presencia de uno de éstos en el campo de acción del *Mad*, aunque navegara sumergido, hacía oscilar inmediatamente la sensible aguja del aparato.

El dirigible que había despegado casi al mismo tiempo de la cubierta del *Sicily* se unió al *King 19* cuando volaban hacia la zona. Estas naves más ligeras que el aire trabajaban mejor cuando lo hacían por parejas.

-Lo malo de esta búsqueda -dijo el capitán MacCall- es que debemos descontar el radar como elemento de detección. Nuestro submarino atómico puede permitirse la libertad de navegar días y hasta meses enteros sin asomar siquiera el extremo de un «snorkel». Únicamente contamos con el sonar, con el *Mad* y con la suerte para dar con él.

Byrne contestó:

-Yo descontaría también el sonar. Un submarino atómico hace tan poco ruido que tendría que pasar muy cerca de nuestras boyas para que éstas captaran el rumor de sus hélices.

-Bueno, probaremos de todos modos -dijo MacCall-. Tenderemos una valla de sonoboyas aquí y esperaremos con toda la paciencia que Dios nos ha dado.

-¿Mucha? -preguntó Byrne.

-¡Oh, mucha! La caza de submarinos lo exige así. Los temperamentos nerviosos e impacientes no sirven para esta tarea.

Hubo una pausa mientras el capitán examinaba el mapa con su copiloto, y luego se ponía al habla por radio con *King 20*, que era la filiación de su pareja de aquel día.

MacCall encontró lo que le parecía su área de trabajo y ordenó:

-¡Abran las compuertas del depósito de bombas!

Y las planchas cayeron hacia abajo con un chirrido.

Los barcos de las Fuerzas de Operaciones se habían perdido de vista, pero allá por el norte se veía un buque mercante que navegaba a toda prisa arrojando negros torrentes de humo por su chimenea.

-¡Fuera la uno!

Y una «bomba» de aspecto extraño se desprendió del depósito cuando el capitán apretó un botón rojo de su tablero de instrumentos.

La corriente de aire cogió el paracaídas de aquel objeto y lo desplegó. Al extremo de las cuerdas bajó un cilindro de 1,20 metros de longitud por 25 centímetros de diámetro.

Era una sonoboya, una pequeña estación de radio encerrada en un tubo hermético que al llegar abajo quedó balanceándose sobre las ondas, agitando una pequeña antena en el aire. La sonoboya, al entrar en contacto con la superficie del mar, se liberó automáticamente del paracaídas y soltó un micrófono muy sensible que descendió colgado de un hilo a aguas más profundas para transmitir todo lo que alcanzara a oír.

El *King 19* siguió volando de este a oeste soltando boyas a intervalos regulares. Uno de los tripulantes del dirigible permanecía a la escucha, los auriculares oprimiéndole los oídos, y la mano sintonizando cada una de las distintas frecuencias de cada boya.

-Nada -decía aquel hombre después de escuchar durante un minuto.

Y enseguida sintonizaba en la boya siguiente.

El segundo dirigible se había alejado hacia el este, también soltando sonoboyas a trechos regulares.

-Bueno -dijo MacCall después que hubo lanzado su última sonoboya-. Ya tenemos tendida la red. Los «gordos» de las otras unidades antisubmarinas continuarán «clavando» postes de aquí en adelante. Ahora sólo falta que nuestro pez pase por aquí.

La guardia del *King* debía durar 24 horas seguidas, al cabo de las cuales ya estarían agotándose las pilas eléctricas de las sonoboyas y sería reemplazado por otro colega, el cual lanzaría más boyas y quedaría al acecho.

La mañana transcurrió tranquila, sin que se registrara ninguna novedad. El dirigible, con los motores parados, se dejaba arrastrar un rato por el viento, y luego ponía en marcha los Diesel y regresaba a su puesto volviendo a parar entonces los motores.

Cerca ya el mediodía se recibieron noticias desde la estación emisora del *Mindoro*. El *Tritón* había aparecido a la altura del cabo Finisterre aniquilando a una docena de transportes.

MacCall y Byrne se inclinaron sobre el mapa para establecer la situación del submarino en el momento de realizar el ataque.

-Eso está muy lejos de aquí y muchos grados hacia el este -dijo Byrne-. Temo que nuestra vigilia vaya a resultar infructuosa.

-¿Quién sabe? -murmuró MacCall.

Poco después recibieron otra llamada del *Mindoro*. La Fuerza de Operaciones iba a alargar las mallas de la red cien millas más al este. Pero los dirigibles *King 19* y *King 20* debían continuar donde estaban.

Al atardecer volvieron a tener noticias del *Tritón*. Acababa de aniquilar a los dirigibles y aviones de una pequeña fuerza antisubmarina portuguesa que vigilaba la ruta entre las Azores y la costa de la Península Ibérica.

El *Tritón*, después de fulminar a las fuerzas aéreas, atacó y destruyó por completo a los doce barcos que componían aquel destacamento.

Una hora después de anochecido recibieron más noticias. Un avión explorador había encontrado una enorme mancha de petróleo 80 millas al sur de donde el *Tritón* se tropezó con el destacamento portugués. Se suponía eran los restos de un enorme trasatlántico italiano que salió de Lisboa al saber que el submarino estaba lejos. Al menos no volvió a saberse más del trasatlántico ni de una sola de las 800 personas que llevaba a bordo.

-Bien -dijo sombríamente-. La Marina Mercante empieza a pagar el precio de su osadía. Y esto no es nada para lo que ocurrirá luego. Hay en medio del Atlántico en este momento como un millar de barcos que ya no pueden volver atrás ni seguir adelante sin tropezarse con el *Tritón* o que éste les dé alcance sin dificultad, gracias a su triple velocidad.

-Bueno, muchachos -dijo MacCall antes de echarse a descabezar un sueñecito-. Tengan los oídos bien abiertos, aunque no sea probable que el pirata venga por acá.

Byrne estaba ya a aquellas horas seriamente arrepentido de haberse embarcado en el dirigible. Se aburría soberanamente, y le dominaba además la ansiedad de saber que los barcos de la fuerza antisubmarina

navegaban al encuentro del monstruo, en tanto que él permanecía estacionado en una pequeña zona del inmenso mar por donde sólo por pura casualidad pasaría el *Tritón* si abandonaba el rumbo rectilíneo que sostuvo durante todo el día.

MacCall despertó a medianoche y le cedió su litera. Byrne durmió o intentó dormir hasta el amanecer. A las siete estaba tomando café con la tripulación del dirigible. Bajo sus plantas el mar permanecía oculto tras la bruma. La niebla envolvía también al dirigible, y los tripulantes de éste recibían la impresión de encontrarse flotando sobre una nube.

-¡Ruido de captación en la boya dieciséis! -gritó de pronto el operador de radio.

Byrne soltó su taza de café, la cual se hizo añicos contra el piso. Pero nadie prestó atención a este incidente. Otras muchas tazas habían derramado también el café con el sobresalto.

MacCall se abalanzó hacia los abandonados mandos del dirigible y puso inmediatamente los motores en marcha.

-¿Ruido fuerte o débil? -preguntó Byrne temblando de excitación.

-Muy débil, señor. Los acumuladores de las sonoboyas llevan casi veinticuatro horas funcionando y deben estar agotándose.

Byrne tomó los auriculares los colocó apretándose los oídos. Sólo escuchó el zumbido de la corriente eléctrica.

-No oigo nada -dijo.

-¡Perdido el contacto! -anunció el operador.

-¡Vamos, corre mucho! -alentaba MacCall a su aeronave-. Hemos de llegar allí antes que ese maldito tiburón se nos escurra. ¡Pónganse al *Mad*, compañeros!

Dos marineros estaban ya junto al detector magnético.

-Estamos aproximadamente sobre la boya dieciséis -dijo el capitán-. ¡Afinen esa puntería!

Byrne se inclinó sobre la sensible aguja del detector magnético. Estaba seguro de que el operador de radio se había equivocado.

De pronto la aguja del aparato osciló. Y de entre las emociones que Byrne había vivido ninguna podía compararse quizá a la que experimentó en este instante.

-¡Contacto! -gritó.

-¿Por dónde? -preguntó MacCall.

-Por babor -indicó un marinero.

-Llamen al *King 20*. Por todos los santos, procuren no perder este contacto.

La sensible aguja del *Mad* osciló.

-¡Sobre el objetivo! -gritó uno de los tripulantes.

Byrne miraba fijamente la aguja. Le parecía mentira que estuviera

volando a bordo de un indefenso dirigible sobre el temible *Tritón*. Que se trataba de éste y de ningún otro, era cosa que no podía dudarse. Sólo un submarino atómico era capaz de desarrollar una velocidad de 30 millas por hora. El *King 19* tuvo que darlo todo de sí para no quedarse atrás.

Miró a MacCall.

-Y ahora, ¿qué? -preguntó-. ¿Vamos a lanzarle cargas de profundidad o nos limitamos a seguirle la pista?

-Vamos a llamar a la Fuerza. El pez es demasiado grande para nuestro anzuelo. Cuente que le tenemos cogido de un hilo tan sutil que puede romperse en cualquier instante.

Y llamó al *Mindoro*.

Del *Mindoro* contestaron que se apresuraban a lanzar al aire la primera escuadrilla de aviones torpederos. También dijeron que acababan de despegar los dirigibles que debían relevar al *King*. Pero aquellas aeronaves no tenían la menor probabilidad de alcanzar al *King 19*, que volaba a toda velocidad en persecución del submarino atómico. Ni siquiera su pareja de exploración pudo darle alcance.

-Los aeroplanos estarán aquí dentro de media hora -dijo MacCall-. Tenemos que seguir al *Tritón* sin perderlo todo ese tiempo.

Y la persecución prosiguió enconadamente. Los motores del *King 19* roncaban a la máxima potencia, esforzándose para no perder el contacto con el monstruo de acero que hendía las aguas bajo la superficie con la velocidad de un torpedo.

-Si lanzáramos una bomba ahora -dijo MacCall-, el submarino sabría que estábamos sobre él y empezaría a dar vueltas hasta conseguir despistarnos.

-¡Atención! -dijo el operador de radar-. ¡Contacto con la fuerza aérea!

La fuerza estaba todavía a 20 millas de distancia. En estos instantes estaba saliendo el sol. Pero la niebla seguía cubriendo el mar.

-¡Lancen bombas de humo! -ordenó MacCall.

Las bombas fueron lanzadas.

En pos de la ruta del dirigible iban levantándose a trechos regulares altas columnas de un humo espeso que señalaban la ruta del submarino tan claramente como si éste dejara tras sí una estela luminosa.

-La niebla empieza a disiparse -indicó Byrne.

-¡Ahí están los *Avenger*! -señaló luego un marinero.

Una escuadrilla de doce pesados TBM aparecieron volando rápidamente hacia el dirigible.

-Vamos a elevarnos para que los muchachos puedan atacar por debajo de nosotros -dijo MacCall.

El *King 19* empezó a subir lentamente mientras los *Avenger* describían un amplio círculo, las alas centelleantes bajo los primeros rayos de sol. En

el cuadrante del *Mad* la aguja seguía temblando, oscilando, zigzagueando...

Byrne corrió a la ventanilla posterior para ver cómo atacaban los aviones. Éstos se pusieron a volar en fila siguiendo las columnas de humo que marcaban la ruta del submarino. Se acercaron al dirigible perdiendo altura, y al llegar precisamente debajo de éste soltaron una ristra de objetos con aspecto de grandes manos de mortero llamados «hedgehogs».

Los «hedgehogs» eran cargas de profundidad que se sumergían a gran velocidad y estallaban al tocar el casco de un submarino.

Los *Avenger* también lanzaron algunos bidones rellenos de TNT porque se tenía la creencia de que la ampolla de vidrio del proyector de rayos cósmicos era un órgano muy delicado de la máquina, el cual era posible destruir con relativa facilidad.

Las cargas, al estallar, levantaron colosales surtidores de agua en medio de ensordecedoras detonaciones.

Uno tras otro, los TBM pasaron rugiendo bajo el dirigible, soltaron sus bombas y se elevaron por delante del *King* para dar la vuelta y volver a atacar al invisible submarino.

Cada vez que un avión pasaba por debajo, la aguja del *Mad* brincaba locamente atraída por la masa de los grandes fuselajes metálicos.

El capitán de la escuadrilla y MacCall estaban en contacto por radio.

-Aléjense un poco para que nosotros podamos ver qué ha sido del submarino -dijo MacCall.

Los *Avenger* se alejaron. Otra escuadrilla llegaba procedente del portaaviones *Sicily*. Byrne miró a la aguja del detector magnético.

-Hemos perdido el contacto -dijo.

MacCall gritó:

-Daremos una vuelta por aquí para ver si lo encontramos.

Pero la voz de MacCall denotaba poco entusiasmo.

El submarino, al verse atacado, debía haber alterado su rumbo. Los «hedgehogs» no parecían haberle tocado.

La inspección del *King* resultó infructuosa. La aguja permanecía impasible, y cada minuto que transcurría disminuían rápidamente las probabilidades de volver a establecer contacto. Al cabo de cinco minutos, el *Tritón* podía encontrarse en un punto cualquiera bajo una superficie de 100 kilómetros cuadrados.

Los TBM estaban lanzando sonoboyas en un círculo cada vez más amplio. En el horizonte aparecían las típicas siluetas de dos dirigibles que centelleaban al sol con reflejos cobrizos. El *King 19* inició el regreso a su portaaviones con los depósitos casi exhaustos de combustible.

-Esto tenía que ocurrir -dijo MacCall-. Nuestros dirigibles son demasiado lentos para perseguir a ese condenado submarino atómico.

Los aeroplanos se quedaron prosiguiendo la búsqueda. Al cabo de 10

minutos, el submarino podía encontrarse en un punto cualquiera bajo la superficie de 400 kilómetros cuadrados de mar. Esta superficie habría aumentado a 4.000 kilómetros cuadrados al cabo de media hora. Un espacio demasiado grande para alentar la esperanza de volver a establecer contacto con el submarino atómico, ni siquiera con buena suerte.

La consternación se pintaba en el rostro del capitán MacCall cuando después de haber aterrizado en la cubierta del *Mindoro* se dirigía hacia la cámara de mando. Los altavoces gritaban:

-¡Despejen la cubierta para que aterricen los aviones!

La fuerza aérea regresaba tras dos horas de inútil búsqueda. Y toda la fuerza de Operaciones se disponía a salir en persecución del submarino fantasma.

CAPÍTULO VIII

Aquella misma tarde, cuando dormía descansando del agotador vuelo de 24 horas, el capitán Byrne S. Huber fue requerido a presencia del contralmirante Kindelan.

Poco después, con su uniforme planchado y la cara rasurada, Byrne se presentaba en la cámara de derrota del *Mindoro*.

-Huber -le dijo el contralmirante Kindelan-, se ha recibido un mensaje para usted.

Byrne se sobresaltó sin saber por qué.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

-Reventó una tubería del conducto de vapor a bordo del *Nautilus*, y su comandante resultó con quemaduras graves. Debe ir usted a reemplazarle. El mismo helicóptero que vaya a evacuar al herido le llevará a usted a bordo para que tome el mando del submarino.

Byrne quedó paralizado por la sorpresa, y Kindelan añadió:

-Me hago cargo de sus sentimientos, Huber. ¿Le asusta la idea de tener que dar usted mismo la orden de lanzar contra el *Tritón*, verdad? Es una brutalidad de parte del Estado Mayor hacerle tomar el mando del *Nautilus* en estas circunstancias. Pero hágase cargo, Huber. Estamos en plena operación y no podemos aguardar a que llegue un nuevo comandante desde los Estados Unidos para reanudar la caza. Cada segundo que pasa es vital para el éxito de estas operaciones. Hemos presentado al *Tritón* un cebo consistente en gran número de barcos y muchos millares de hombres, sólo por tener la oportunidad de capturarle y evitar así daños mayores. Esta oportunidad, los hombres y los barcos pueden perderse si en el momento cumbre no está el *Nautilus* en su puesto apercibido para detener al *Tritón*.

-En el *Nautilus* hay también un segundo oficial competente, ¿no es cierto? -insinuó Byrne.

-Capitán Huber -dijo el contralmirante-, usted es un comandante de submarino atómico. El Gobierno le ha costeado tres años de estudios especiales para hacer de usted un hombre capaz, digno de tomar sobre sí la responsabilidad de dirigir un navío de la importancia del *Nautilus* o el *Tritón*. ¿No creerá que la Armada ha invertido tantos miles de dólares en usted para que en cierto momento eluda sus deberes echándolos a otro oficial que no es de su categoría, ni de su competencia, ni está obligado a tomar sobre sí una responsabilidad que, como comprenderá, solamente a usted le concierne, verdad?

Byrne gimió:

-Compréndalo, contralmirante. En el *Tritón* van mi mujer y mi suegro. Si yo tuviera que dar orden de lanzar contra él y lo destruyera, ¿qué impresión le produciría a mi hijo saber que fue su propio padre quien asestó

el golpe mortal a su madre y a su abuelo?

El contralmirante gritó:

-La madre y el abuelo de su hijo son también los asesinos de su hermano de usted. Son los autores de la muerte de muchos millares de víctimas inocentes, y aún asesinarán a otros millares más si no nos apresuramos a liquidarles. Esos seres queridos para usted y para su hijo son criminales perseguidos por todo el mundo y están ya perdidos para ustedes. Su final está escrito. Si no perecen al mismo tiempo que su submarino serán ahorcados. Por lo tanto, cuanto antes les capturemos mayor número de víctimas salvaremos. Que sea la propia mano de usted u otra cualquiera la que guíe al submarino cazador, e incluso que le dispare el torpedo mortal, carece de importancia. Porque ni la mano ni el cerebro son nadie en sí, sino un instrumento ciego de la justicia que más pronto o más tarde, alcanzará a esos desgraciados locos. De manera que si alguien cree que es usted la persona más capacitada para mandar el *Nautilus* en este momento crítico, no puede eludir el cumplimiento de su deber.

El contralmirante se detuvo con la respiración entrecortada y la faz roja. Y añadió:

-¿O es que no lo comprende usted?

Byrne miró fijamente al piso y murmuró:

-Sí, lo comprendo.

-¿Entonces qué?

-Tomaré el mando del *Nautilus* -dijo el oficial con voz insegura. Abandonó, después, la cabina, dando traspiés.

En el extremo de la cubierta de vuelos, el helicóptero avanzaba contra un viento de 30 nudos, empujado por los marineros del servicio de cubierta. El altavoz gritó:

-¡Vuelo helicóptero! ¡Vuelo helicóptero!

* * *

El pájaro metálico se posó sobre la húmeda cubierta del submarino atómico haciendo girar en el aire sus grandes rotores.

Cuando el capitán Huber saltó del helicóptero, los marinos del *Nautilus* sacaban penosamente por la escotilla un cuerpo amarrado a una camilla. El segundo oficial avanzó envuelto en su brillante chubasquero y saludó:

-Capitán de Corbeta, Oliver Davis, segundo oficial del *Nautilus*.

-¿Cómo está usted, Davis? -dijo Byrne estrechándole la mano Luego, señalando al herido que entonces alcanzaba la cubierta, añadió-: ¿Cómo está Barnes?

-Muy mal. El chorro de vapor y agua hirviendo le dio de lleno en la cara cuando quiso apretar por sí mismo las tuercas de la cañería. Ahora está bajo los efectos de la morfina.

Los marineros metieron la camilla en la carlinga del helicóptero y éste despegó batiendo el aire con sus grandes rotores. Los que estaban en cubierta le siguieron con los ojos un momento. Luego, Byrne se descolgó por la escotilla y fue con el segundo a inspeccionar los trabajos de reparación de la sala de máquinas.

El *Nautilus* navegaba entonces impulsado solamente por una de las turbinas gemelas. La avería en sí carecía de importancia y estuvo reparada poco después de anochecido. Entonces navegó a treinta nudos en persecución de la Flota de Operaciones.

A las 0,30 a.m. el comandante ordenó emerger lo suficiente para que asomara la antena de radar. Los datos que ésta suministró confirmaron los cálculos de Byrne.

A seis millas por la proa navegaba la 11 Fuerza de Operaciones.

-¡Afuera el periscopio!

El árbol del periscopio subió silenciosamente. Byrne aplicó los ojos al objetivo y echó una mirada. Allá delante vio el destello intermitente de un reflector de señales. Trató de descifrar el mensaje, pero entonces se fijó en una extraña luminosidad que parecía barrer el espacio por encima de la escuadra.

Una atroz sospecha cruzó su pensamiento. Imprimió un giro de 180 grados al periscopio. Entonces vio una rígida barra de luz que parecía llegar de algún navío todavía oculto por la línea del horizonte. Aquel rayo, de un color verde azulado, se movía rápidamente de un lado a otro barriendo el cielo por encima del submarino.

-¡El *Rayo de la Muerte*! -exclamó horrorizado Byrne.

Y los marineros y oficiales que se encontraban en la cámara quedaron paralizados por la sorpresa, mirándose unos a otros con el miedo reflejado en sus pupilas.

-¡El Tritón nos ha burlado! -dijo Byrne retirándose del periscopio para que Davis pudiera echar una ojeada-. Dio la vuelta y ahora nos ataca por la espalda.

Oliver Davis lanzó una exclamación y volvió el periscopio hacia el sur.

-Nos están haciendo señales luminosas -aseguró-. «Atención, Vulcano. ¿Está usted ahí?» Es para nosotros, comandante. Vulcano es nuestro nombre clave.

-Contesten por radio con nuestra cifra clave. Añadan solamente «Entendido» -dijo Byrne. Después gritó-: ¡Viren ciento ochenta! Atención, sala de máquinas. ¡A toda máquina!

El *Nautilus* dio una brusca virada que lanzó a sus tripulantes contra el costado de estribor. Enseguida se escuchó el gemido de los generadores y el zumbido de las turbinas que crecían en intensidad. El buque salió como una flecha al encuentro del *Tritón*.

Davis cedió el periscopio a Byrne. Éste vio entonces los fogonazos de la artillería naval que abría fuego contra el enemigo, todavía oculto tras la línea del horizonte.

Los proyectiles surcaron el espacio dejando en pos una trayectoria de fuego. Y entonces sucedió lo que ni siquiera Byrne había podido predecir. Las granadas, al ser tocadas por el *Rayo de la Muerte* que blandía por encima de los barcos, se convertían en otras tantas bolas de fuego. Estos globos siguieron volando y dejando tras sí una estela de polvillo fluorescente. Y mucho antes de llegar al blanco se apagaron, desaparecieron sin dejar rastro.

-¡Las granadas son desintegradas en el aire! ¡No pueden tocar al *Tritón*! -exclamó Byrne roncamente.

Davis empujó sin miramientos a Byrne y se puso a mirar por el periscopio, asustado por la expresión del rostro del comandante.

La Fuerza escapaba hacia el Sur a toda la velocidad que sus máquinas le permitían. Los dos portaaviones desarrollaban aproximadamente la misma velocidad que el submarino atómico y mantenían la distancia que les separaba de éste. Pero los destructores perdían más de una milla por cada diez o quince minutos que transcurrían. ¡Y sus proyectiles seguían desintegrándose en el aire, fulminados por el rayo!

Un instante después, el *Rayo de la Muerte* rozaba las antenas de un destructor. Y como si se hubiera aplicado un candente soplete al extremo del mástil, éste se incendió arrojando un gran resplandor que enseguida se comunicó al resto del buque. El destructor desapareció en medio de un globo de fuego, y el globo se convirtió enseguida en un infierno de llamas. Centenares de toneladas de petróleo se esparcían por el mar. Sus llamas arrojaban sangrientos resplandores en muchas millas a la redonda.

Davis miró a Byrne.

-¡El *Rayo de la Muerte* acaba de desintegrar un destructor tocándole solamente en la antena! -exclamó.

-¡Abajo el periscopio! ¡Abajo la antena! -gritó Byrne.

Y mientras el árbol de acero descendía, se volvió hacia sus hombres, que pálidos y desencajados le miraban como pidiendo su parecer.

-Atención al sonar -gritó Byrne-. Nos acercamos al *Tritón* a sesenta millas por hora, sumadas su velocidad y la nuestra. Dentro de unos minutos estableceremos contacto con él. Probablemente él nos descubrirá también. Entonces dará la vuelta intentando escapar. Si esto ocurre tendremos que perseguirle hasta que se ponga al alcance de nuestros torpedos. -Después, volviéndose hacia el oficial torpedista preguntó-: ¿Están listos los torpedos acústicos y cargados los tubos, O'Connor?

-Lo están, señor.

Byrne fue a inclinarse sobre el hombro del operador del «sonar».

-Ponga a calentar el aparato.

Transcurrieron lentos y angustiosos los minutos. El sonar empezó a tintinear agudamente, y luego se detuvo un momento mientras el ruido se alejaba en forma parecida al de un tren que se adentrara en interminable túnel. Luego, el tintineo rítmico continuó con regulares paradas.

«Tiiin... in... in... ¡tep!...»

El eco volvió débilmente al principio. Los oficiales intercambiaron una mirada y el operador siguió escuchando el tono de los ecos que regresaban moviendo su proyector de sonido.

«Tiiin... in... in... ¡tip!»

El eco volvía fuerte e inconfundible.

-¡Objetivo detectado! Distancia, ocho mil. Marcación, cero diez.

Byrne dio un salto hacia el micrófono del sistema de teléfono interior.

-¡Paren las máquinas!

El operador gritó tocándose los auriculares:

-Capto ruido de sonar enemigo, señor.

-¡Descubiertos! -exclamó Byrne-. ¡Adelante, sala de máquinas! ¡No paren los motores, sino pónganlos al máximo régimen!

Los oficiales hicieron una mueca de contrariedad. Realmente hubiera sido demasiada suerte captar al *Tritón* sin que ellos fueran detectados a su vez.

-Los del *Tritón* no se duermen -murmuró O'Connor.

Byrne preguntó:

-¿A qué distancia necesita estar usted del blanco para lanzarle con probabilidades sus torpedos acústicos?

-Para un blanco que se mueva a treinta nudos... cuatro mil metros como máximo.

-El objetivo se desvía a estribor -anunció el operador de sonar.

-Están virando -dijo Byrne-. Ahora les sacaremos ventaja.

-¡Distancia, cinco mil! -gritó el operador al cabo de unos minutos.

O'Connor dio un salto hacia el cuadro de interruptores. Desde allí preguntó:

-¿Distancia?

-La misma, señor. Cinco mil. El enemigo corre ahora delante de nosotros -dijo el operador. Y al cabo de unos minutos añadió-: La distancia aumenta ligeramente. Unos cinco mil trescientos ahora.

-¡Nos están sacando ventaja! -exclamó Davis.

Byrne gritó:

-Seguirá adelantándose poco a poco mientras no se sumerja. Con medio casco fuera del agua corre algo más veloz que nosotros.

-Bueno -dijo O'Connor-. Tendrá que sumergirse más pronto o más tarde.

-Sí -contestó Davis-. Pero entonces puede habernos sacado una ventaja de cinco o seis millas más. Y nuestro sonar lo perderá.

Los oficiales se miraron unos a otros llenos de angustia. Byrne era el único que no participaba de aquella decepción. Aunque tampoco se alegraba. No sentía nada, en realidad. Su cerebro parecía embotado y se movía, razonaba y daba órdenes con la inconsciencia de un autómata.

Una larga y cuidadosa preparación había hecho de él una máquina que engranaba perfectamente con las demás piezas de aquel complicado navío.

Y aunque sus funciones sensoriales estaban paralizadas, el hábito y la instrucción recibida controlaban automáticamente sus actos.

-Tenemos que obligarle a sumergirse -dijo fríamente.

-Sí, pero ¿cómo? -preguntó Davis.

-Llamando a la aviación del *Mindoro* y el *Sicily* para que le ataquen desde todas direcciones.

-Para eso hay que sacar la antena, ¡y ya he visto a un buque empezar a desintegrarse por sus antenas! -exclamó Davis.

-Bueno. La antena es demasiado pequeña para que pueda detectarla el radar -dijo Byrne.

Davis contestó:

-Desde luego, a condición que dejemos asomar solamente la antena. Porque la pantalla del radar está solamente un metro más abajo. Un pequeño error puede hacer que ésta asome también.

Byrne meditó en silencio.

-No hay más remedio que arriesgarse -dijo. Y ordenó-: Vayan soplando los tanques poco a poco hasta que se emerja el extremo de la antena de la radio.

Y los hombres a cuyo cargo estaba la maniobra sudaban a chorros por todos los poros. El agua iba siendo expulsada casi gota a gota de los tanques para que el *Nautilus* fuera emergiendo centímetro a centímetro.

Hubo una larga y nerviosa espera mientras todos los ojos se clavaban en el indicador de profundidad.

-La antena debe estar asomando ahora un par de palmos -dijo Davis. Y agregó-: Si estos aparatos no se equivocan y estamos ofreciendo algo más al rayo desintegrador.

-Procedan a lanzar el radio -ordenó Byrne.

Y mientras los telegrafistas llamaban al *Mindoro* O'Connor dijo:

-He oído decir que el *Rayo de la Muerte* puede atravesar muchos metros de agua con efectos perniciosos para los seres vivos que toque, aunque no desintegre nada. ¿Quiere que saquemos un contador Geiger para medir si hay alguna radioactividad aquí?

-No -contestó Byrne secamente.

El *Mindoro* acababa de contestar:

-«Enterados».

-¡Abajo! -gritó Byrne.

Porque si el *Tritón* había captado el mensaje podía barrer con sus rayos las aguas inmediatas y alcanzar al *Nautilus* que navegaba a pocos metros de la superficie, lo cual sería con toda seguridad mortal para toda la tripulación, aunque no desintegraran al submarino.

La persecución del *Tritón* prosiguió así durante otros 20 minutos. El submarino corsario continuaba sacando ventaja. Estaba entonces a 8.000 metros del *Nautilus*, que venía a ser el máximo alcance del «sonar».

Los ecos eran cada vez más débiles, según informó el operador. De continuar así, iban a perderlo de un momento a otro. Y los oficiales del Nautilus empezaban a dar muestras de estar nerviosos.

Al cabo de cinco minutos era tan débil el eco del «sonar» que sólo un experto como lo eran los operadores del *Nautilus* podían distinguirlo entre los confusos ecos que llegaban del fondo del océano.

Un momento más tarde, se escuchó una potente explosión que sacudió violentamente al *Nautilus*.

-¡La aviación ataca!

Sí. Las Fuerzas Aeronavales del *Mindoro*, del *Sicily* y de cuatro portaaviones más habían acudido y se lanzaban como un enjambre de avispas furiosas contra el *Tritón*.

Desde 12 millas de distancia, volando entre los latigazos del *Rayo de la Muerte*, viendo encender aquí y allá aeroplanos alcanzados por la lanza luminosa, los muchachos de la Fuerza Antisubmarina lanzaban sus proyectiles dirigidos contra el *Tritón*. Y eran tantos los aviones, los torpedos, las bombas y los proyectiles dirigidos los que zumbaban en torno al submarino pirata, que éste no podía desintegrarlos todos en el aire o sobre el mar.

Y entonces optó por sumergirse rápidamente

En este momento comenzó la carrera más encarnizada de cuantas jamás se hicieron en el mar.

El cazador pasaba ahora a ser cazado. Si el *Nautilus* conseguía acortar la distancia en 4.000 metros, sus torpedos acústicos, que controlados por un cerebro electrónico y guiándose por el sonido llegaban solos al blanco, darían cuenta inmediata del *Tritón*.

Se escucharon otras potentes explosiones. El *Tritón* empezó a perder velocidad.

-¡Distancia, seis mil! -gritó el operador de radar.

Y al cabo de unos minutos:

-¡Distancia, cinco mil!

O'Connor, el oficial torpedista, se roía las uñas furiosamente.

-¡Distancia, cuatro mil quinientos!

O'Connor gritó:

-¡Lancemos ya de una vez!

Byrne cerró un instante los ojos.

-Prepárense para lanzar los torpedos -dijo roncamente.

Y ante sus ojos cerrados desfilaron vertiginosamente las escenas de su perdida felicidad. El día que conoció a Myron Kraft. El día que descubrió en sus ojos la primera luz de correspondencia. El primer beso... la vida en común... el hijo...

Y también recordó a su cuñada Rudy sollozando por la muerte de su marido... un mar de llamas en donde ardían los náufragos de la Novena División Naval...

A través de la neblina que le envolvía escuchó la voz del operador de sonar zarandeándole como una descarga eléctrica:

-¡Distancia, cuatro mil!

El capitán Byrne S. Huber abrió sus ojos húmedos de lágrimas. Fijas en él estaban todas las miradas de todos sus oficiales y marineros. El mundo entero estaba pendiente de las incidencias de esta lucha entre los dos submarinos atómicos. A él, solamente a él, le tocaba decidir la suerte de este combate.

-¿Comandante? -preguntó O'Connor.

Y el comandante pronunció la palabra fatal:

-LANCEN.

Su voz había sonado extrañamente clara en el profundo silencio que le envolvía. O'Connor empujó rápidamente cuatro palancas. El *Nautilus* se estremeció ligeramente, y la voz desfallecida del torpedista murmuró empleando el mismo acento que utilizaría para dar el pésame a un amigo:

-Los torpedos han salido, señor.

Y siguió otra larga, mortal espera. Los labios se movían, como rezando. Pero solamente los de Byrne rezaban. Los otros contaban los segundos.

Dos poderosas explosiones estremecieron al *Nautilus*, seguidas al punto de otras dos.

-Cuatro blancos, señor -dijo O'Connor-. Un submarino hundido probable.

Y, cosa extraña, no se escuchó ningún grito de alborozo, ni en los pálidos y fatigados rostros asomó sonrisa alguna. Toda la tripulación había vivido con su comandante aquel episodio trágico en que el deber y la necesidad de librar al mundo de un peligro le hicieron ordenar la muerte de su propia esposa.

Tras una pausa, la débil voz del comandante ordenó:

-A la superficie. Soplen los tanques.

Silbó el aire comprimido que expulsaba el agua de los depósitos. Breves instantes después, el *Nautilus* emergía a la superficie. Y todavía se

escurría el agua por sus imbornales cuando las escotillas se abrieron y la tripulación saltó sobre cubierta.

A dos millas de distancia, la proa de un gigantesco submarino emergía del fondo de las aguas y apuntaba al cielo. Era el submarino atómico *Tritón* hundiéndose de popa.

Byrne S. Huber miró al herido *Tritón*. Por un momento tuvo la esperanza de ver abrirse alguna escotilla y salir por ella a alguien. Pero ninguna escotilla se abrió. Los tripulantes del *Tritón*, si alguno quedaba con vida, aceptaban resignadamente el duro destino que ellos mismos habían escogido.

Un instante después el submarino atómico se hundía de punta. Las olas borraron las burbujas de aire que habían de ser sus últimas huellas sobre el mar que había dominado.

El capitán Byrne S. Huber se retiró de la torrecilla para ir a ocultar sus lágrimas y su dolor en la soledad de su cabina.

-Capitán Davis, tome el mando del submarino.

Davis le miró compasivo. El comandante agregó:

-Transmita a la Base «Misión cumplida».

Dos dirigibles de la Armada recortaban sus grotescas siluetas en el horizonte.

FIN

¿Cómo iba a imaginar Miguel Angel Aznar que a su regreso al Reino del Sol se vería perseguido como una alimaña?

Y, sin embargo, esto fue, precisamente, lo que ocurrió

Los amotinados de VALERA habían llegado a la TIERRA dos siglos antes. Y, desde entonces, el coloso en rebeldía dominaba el mundo que creían pertenecerles por derecho de conquista

Con este título:

EL COLOSO EN REBELDIA

GEORGE H. WHITE

ha escrito, en su inimitable estilo, lleno de amenidad e interés, una novela donde se describe la dramática y desigual lucha entre todo un aborrecible Imperio y un hombre acosado

EL COLOSO EN REBELDIA

se publicará en el próximo número de

Colección Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA Precio: 5 pesetas